



M. M.

Mi corazón en el
ORQUÍDEA CRUISE

MI CORAZÓN EN EL ORQUÍDEA CRUISE

Título: Mi corazón en el Orquídea Cruise
Autor: M.M.

Primera edición: Mayo, 2018

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Capítulo 1

Se acabaron las vacaciones en tierra, a volver al mar, a mi trabajo al *Orquídea Cruises*.

Desde que trabajaba en ese crucero estaba más contenta. Llevaba dos años en él, tenía una tripulación bastante joven, entre veintitrés y cuarenta y cinco años.

Yo era la directora del hotel, lo que viene a ser en crucero, *oficial*, uno de los máximos rangos junto al capitán y el oficial jefe. Me encargaba de delegar en todos los oficiales para que, tanto en camarotes, como en restaurantes, equipo de animación o cualquier cosa que tuviese que ver con las instalaciones, ofrecieran el mejor servicio a los pasajeros. Estaba orgullosa de que, a mis treinta y cinco años, estuviera ostentando un cargo tan importante en un crucero.

Me puse el uniforme pues tenía que embarcar e ir directa a mis obligaciones, me encantaba esa placa donde ponía mi nombre y mi cargo.

Anais Velia

Hotel Manager

Italia

Estaba muy tranquila pues había dejado todo en manos del director de crucero, el cual estaba a mis ordenes y se encargaba de los espectáculos y eventos, pero en mis vacaciones, lo había gestionado todo. Con cuarenta y

tres años, era italiano como yo, concretamente de Roma. Es muy educado y terriblemente guapo, la locura de las niñas del barco. Le decían, en plan de broma, Marcus, pues se llamaba Marcos Briattore, aunque ahora, iba a conocer al capitán, ya que hubo cambios estos días en los que yo estaba fuera y llegaba para tomar el mando del crucero. Se rumoreaba que era un bombón de hombre, que iba dejando en cada puerto muchos corazones rotos. Era polaco, se llamaba Paul Senas y tenía treinta y siete años, así pues, quería comprobar, cuánta verdad, había en eso que se rumoreaba.

Llegué al crucero y pasé el puente de seguridad, había mucha gente en el puerto de Civitavecchia, el más importante y cercano a Roma. Subí para embarcar y pasé saludando a todos mis compañeros que más bien parecía, que me estaban dando el pésame por acabar mis vacaciones, aunque yo, realmente, venía motivada. Me gustaba mi trabajo y esa vida en el mar.

Entré a mi despacho y un poco después Marcos.

Nos dimos un abrazo.

—Anais, vas a flipar con el nuevo capitán – dijo moviendo su mano rápidamente.

— ¿Qué dices, es un capullo?

—Sí, pero de mujeriego, es la comidilla de todo el barco, están todas desfasadas. Se rumorea que ya ha probado a varias y, al día siguiente, *si te he visto por los pasillos, no me acuerdo*. Este me va a quitar a mi la mala fama – dijo haciendo un gesto de ¡Bien! Con los brazos.

—Qué dices... ¿Tan guapo es? — pregunté intrigada.

—Yo soy de mirar a las mujeres — bromeó —, pero el tío impacta. Tiene un color bronceado espectacular. Vamos, que se da rayos de esos, no me cabe duda. Es rubio, ojos verdes, cuerpo atlético, uniforme impecable y huele a kilómetros. Ah... ¡Y habla cinco idiomas!

—Pues voy a ir a comprobarlo — sonreí maléficamente.

— Esta noche estás perdida, te lo digo yo — dijo aguantando la risa.

— ¿Conmigo? Parece que no me conoces... — Negué con la cabeza — ¿Dónde está ahora él?

—Desayunando en la terraza del puesto de mandos.

—Pues me voy a desayunar con él — dije colocándome bien la falda que llevaba ceñida a mis caderas y mi ajustada camisa, me fui directa hacia allí, dejando boquiabierto a Marcos.

Llegué y abrí con mi tarjeta mágica, una de las pocas que abría todo el barco, saludé al oficial jefe y a sus ayudantes, luego me dirigí a la esquina donde estaba la terraza para presentarme al capitán, que al verme se levantó rápidamente mientras se limpiaba las manos y la boca con la servilleta.

—Buenos días, soy Anais, Hotel Manager — dije extendiéndole mi

mano, la cual apretó, pero tiró de mí para darme dos besos.

—Hola, un placer tenerte a bordo, soy Paul, aunque imagino que ya lo sabes – dijo señalando a la silla para que me sentase – ¿Un café?

—Sí, por favor, aún no he desayunado.

—Pues mira todo lo que hay, aprovecha y coge fuerzas.

—Gracias – dije cogiendo un croissant y disimulando mi rubor, no era guapo, no, era la perfección a la belleza, la mejor piel que había visto y la cara más impresionantemente bonita que podía existir. Con razón esos rumores...

—Esta semana he conocido a casi todo el mundo, me gusta este ambiente, la diversión que tenéis montada, las fiestas temáticas, me encanta el control de este barco.

—Me alegra, yo también estoy contenta aquí, es una de las mejores compañías por las que he pasado.

—Pues perfecto, veo que el Orquídea me dará grandes navegaciones...

— Bueno, siempre pasa algo, pero claro, para eso estamos, todo se resuelve sobre la marcha.

Estuvimos desayunando una hora, charlando, comentando todo lo referente al crucero. Lo cierto es que me transmitía mucha seguridad como capitán, y como persona se veía muy coherente. En su vida personal, podría hacer lo que quisiera y estar en boca de todos, pero en su trabajo, se notaba que era brillante.

Cuando me dirigí a mi despacho, iba con una sonrisa de niña tonta que no podía conseguir eliminar de mi cara, esa sensación extraña producida por otra persona. Paul me había impactado como hacía mucho que nadie lo conseguía. Supe que sería el centro de atención del crucero, tanto para las pasajeras como para la tripulación.

Capítulo 2

Estaba esperando a Susan, la oficial de camarotes y mi gran amiga dentro del barco. Siempre comíamos juntas y eso íbamos a hacer en ese momento. Era igual que yo, de la zona de Florencia, una preciosa chica de treinta y dos años, con un amor a su trabajo impresionante.

—Hola, cariño – dijo cuando me vio, y acercándose a abrazarme –
¡Vengo hambrienta!

—Hola, Susan – dije apretándola fuertemente –, te he echado mucho de menos.

—Y yo, no sabes cuánto, qué aburridas mis comidas y cenas sin ti y sin nuestros chismes. Yo paso aquí de cotillear con nadie, que luego todo se sabe – dijo mientras pellizcaba el pan.

—Hace un rato desayuné con el capitán – dije y luego se me escapó una carcajada.

— ¡No! ¿Has visto al bombón? Anais, no me digas que no está para comérselo...

—Es tremendo... – dije poniéndome las manos sobre mi cara.

—Dicen que se ha costado con Marcela...

— ¿Marcela? ¿La de recepción?

—Aja...

—Esa cubana de treinta y un años, no veas el historial que lleva —
negué con la cabeza.

—Es muy ligerita, sí, aunque con ese capitán yo también lo sería — dijo
Susan entre risas.

— ¿Con quién más se supone que se ha acostado?

—Por lo visto estuvo con dos pasajeras que desembarcaron hoy...

—Joder, pues sí que tiene los huevos cargados este ...

— ¡Ya te digo! — dijo entre risas.

Miramos a Efrén, el jefe del equipo de animación venía sonriendo hacia
nosotras.

— ¡Ya está aquí la jefa! — dijo abrazándome.

—Sí, aquí estoy – le saqué la lengua.

— ¿Has conocido al capitán?

Joder, pues sí que estaba en boca de todos.

—Sí, desayuné con él antes.

—Pero yo soy más guapo y, además, cubano.

—No empieces... – solté una carcajada. Era un año mayor que yo, tenía treinta y seis, era un mulato muy guapo y con mucho arte.

—Sabes que tú y yo, algún día nos casaremos. – dijo sirviéndose un café.

—Mira Efrén, para yo casarme contigo, debo estar muy ida de la cabeza, así que la llevas clara...

—Tiempo al tiempo... Y una cosa, al capitán ni tocarlo que te tengo vigilada – dijo haciendo un gesto con sus dedos en V, señalando a sus ojos y luego a los míos.

— ¿Yo con el capitán? ¡Ya quisiera él! – Solté una sonrisa irónica.

— ¡Esa es mi chica! Me encanta que me seas fiel – me guiñó un ojo,

Susan, estaba descojonada.

— ¡Qué morro tienes!

—Pero te encanto, reconócelo, no pasa nada, no saldrá de aquí.

—Me muero por ti – puse mis manos en el corazón –, pero quiero sufrir por amor y lo nuestro nunca podrá ser.

—Qué bonito... – dijo una voz de repente.

—Hola, Paul – dije cortadísima –, aquí haciendo una obra de teatro con mi amigo Efrén – dije nerviosa.

—Este cubano tiene pinta de ser un ligón, así que cuidado – dijo Paul sentándose a nuestra mesa.

—Usted también, mi capitán – dijo descaradamente Efrén, ante mi asombro, menos mal que Paul se rio.

—Hombre, todos reunidos y pasáis de avisarme... – Irrumpió Marcos, apartando la ultima silla disponible en la mesa.

—Aprovecho para comentaros algo – dijo Paul –. Mañana es el

cumpleaños de Mark (el oficial jefe del puesto de mando). He pensado en organizar algo esta noche en la terraza del puesto de mando, sobre la media noche, a modo de sorpresa. Como mañana no partimos hasta medio día, podríamos aprovechar para hacer una pequeña fiesta. ¿Estáis de acuerdo?

Todos dijimos que sí.

—Es un gran hombre, está en el barco desde que yo estoy aquí — dijo Efrén — ¿Avisamos, a todos los oficiales y jefes de equipo? Que vayan y vengan según si les necesitan en sus puestos. Yo puedo encargarme de ello, además, a las doce ya han terminado las actuaciones y los pasajeros estarán en los bares, o en la discoteca.

— ¡Claro!, me parece perfecto, yo iré a comprarle algo, voy a bajar a Civitavecchia y le haré un regalo.

— ¿Y por qué no se lo hacemos entre todos? — pregunté a Paul.

—Vale, quien quiera colaborar, puede hacerlo. Yo había pensado regalarle un llavero con un ancla de plata, que me lo vio en una ocasión, y le gustó mucho, lo venden en una joyería de aquí que ya he localizado. Podríamos regalarle la pluma de plata a juego. ¿Qué os parece?

—Pues genial y algo más que veas, si quieres te acompaño, lo compramos y luego ajustamos con todos los que quieran contribuir — dije ante la cara de Susan, aguantando la risa al oírme decir, de ir con Paul a la

ciudad.

—Yo voy a pedirle al jefe de cocina, que preparen una tarta de tres chocolates con galletas, cubierta de trozos de fresas – dijo Efrén –. También, les diré que suban al puesto de mando, sobre las once y media, canapés y bebidas. Mientras, que alguien entretenga a Mark y suba con él a las doce. Algunos ya estaremos aquí con el capitán, luego los demás irán llegando cuando puedan.

—Estupendo... – dijo Paul – Anais y yo, cuando terminemos de comer, bajamos a la ciudad y compramos los regalos.

Nos reímos mucho en la comida, la verdad es que daba gloria el ambiente que se respiraba en el crucero. Aunque también había piques, para que nos vamos a engañar...

Paul me encantaba, me ponía taquicárdica y me costaba mirarlo a la cara, me ruborizaba continuamente solo de escucharlo hablar.

Capítulo 3

Había quedado con Paul, en el control de la puerta de salida. Fui a mi camarote a asearme un poco y salí fuera.

Allí estaba, hablando con el encargado de la seguridad del barco. Me sonrieron. Paul y yo, subimos a un taxi que nos llevó al centro de Civitavecchia.

—Me encanta esta pequeña ciudad – dijo Paul abriendo mi puerta al llegar al destino.

—A mí también, suelo pasear mucho por aquí los días que hacemos escala en este puerto.

—Yo siempre, con los anteriores cruceros, cuando paraba aquí, salía a comer a un restaurante chino que está dos calles más abajo. El próximo día que volvamos, te voy a invitar – dijo guiñándome un ojo.

—Gracias, me encanta la comida asiática – sonreí.

Encontramos en la joyería el llavero en un precioso estuche, un sacacorchos, un abridor, una pluma y unos gemelos. Todos con el ancla de plata a juego, una preciosidad de regalo que no dudamos en comprar.

También, compramos una placa, y como en aquella joyería la grababan al instante, decidimos que le pusieran una dedicatoria de agradecimiento por todos estos años de entrega a su trabajo, en nombre de todos los oficiales y

jefes del crucero.

Paul era muy provocador. Jugaba mucho con los gestos, muestras de cortesía, era un gran seductor y a mí, me ponía muy nerviosa. Eso era lo que más rabia me daba, no poder controlarme, y soltar las cosas como normalmente suelo hacer ante una situación normal, pero esos gestos de él, me mataban.

Aprovechamos para tomar un capuchino en un café muy famoso del lugar, los hacía delicioso, así que allá fuimos.

—Muy pronto nos harán el cambio de ruta – dijo Paul.

—Así es, pero lo prefiero. Un poco de islas griegas, ya estoy de Italia, Mónaco y Malta un poco cansada. Necesito un cambio, así que me vendrá genial, todavía hay que esperar un poco, pero bueno, ya falta menos.

— ¿Qué isla te gusta más, Santorini o Mikonos?

—Pues las dos, a cada una le veo un encanto y no sabría decidirme. Ya sé lo que voy a hacer en cada puerto, así que las dos me atraen.

—Son islas para coger fuerzas, pasear sin rumbo y sentir la energía especial que irradia cada rincón.

— ¡Capitán! ¿¿¿Eres poeta???

— ¿Te puedo hacer una rima? – dijo burlándose de mí.

—No, déjalo, que te veo venir... Mejor no desmontes el mito que tengo de ti... — dije negando con la cabeza y una sonrisa.

— ¿Mito? Cuenta, cuenta...

—Pareces, educado, correcto, no me salgas con un borderío...

— ¿Eso parezco? ¿Algo más...? — dijo mientras movía el café con aire seductor, como él solo sabía hacer...

—Bueno, eso te lo digo en otro momento, no quieras saberlo todo de golpe el primer día, nos queda mucha navegación — dije riendo.

—Pues te perseguiré todos los días, hasta sacarte toda la información — me guiñó el ojo.

— ¿Te aprovecharás... de que eres la máxima autoridad a bordo? — encogí los labios hacia un lado y puse cara de circunstancias.

—No me hace falta usar mi puesto para sacarte la información...

—Pues a partir de ahora me acojo a mi derecho a no hablar más, solamente hablaré de lo que incumbe a la navegación— me encogí de hombros.

— ¿Seguro...?

—Sí, seguro.

—No cuele...

— ¿Ah no? ¡Ya lo verás!

—Eres mujer...

— ¿¿¿Y???

—Que estas deseando hablar... – dijo en voz relajada y segura.

—Creo que te estás montando una novela que no tiene nada de realidad
– dije chulescamente.

— ¿Novela? Yo me había hecho ya una película a lo Hollywood
total...

—Ya veo... pero créeme, mi mito ya está por los suelos.

— ¿En serio? Vaya, es una lástima...

Estuvimos bromeando un buen rato, más tarde, regresamos al barco y quedamos en vernos en el puesto de mando sobre las doce menos cuarto, para dar la sorpresa a nuestro compañero.

Entré en mi camarote y me senté en el borde de la cama, me temblaba todo. Algo estaba cambiando, sabía que Paul había llegado muy fuerte a mi vida. No quería hacerme ilusiones, ni ser una más, por lo que mi situación se complicaba, no era el hombre adecuado para sentir esas mariposas en mi estómago.

Capítulo 4

Me quedé en el camarote un buen rato. Después de una ducha, volví a ponerme el uniforme. Por las noches no solía usarlo cuando estábamos navegando, pero al estar atracados, debía llevarlo en todo momento.

Fui a mi despacho y al entrar me encontré a Marcela, la jefa de recepción que, *supuestamente* se había acostado con Paul.

—Hola, ¿de nuevo a la rutina? – dijo dándome dos besos, como Judas, pues no teníamos feeling. Además, después de enterarme de aquello, menos la podría ver.

—Hola, Marcela. ¿Todo bien?

—Genial, a la perfección – dijo muy airosa –. Por cierto... ¿Conociste al capitán? – dijo deseando hablar, la muy cotilla...

—Sí, un hombre al que sé le ve muy implicado y, serio en su trabajo...

—Sí, y un aire fresco para el barco – dijo –, un capitán... impresionante – dijo sonriendo la muy estúpida.

—Bueno... veo que te ha alegrado su llegada.

—Más bien... me dio una alegría – dijo insinuando lo que habían hecho y sonriendo –. Ya te contaré... Me voy, debo entregar esta factura a un cliente VIP.

— ¡Claro!, me alegro de verte, Marcela – dije entrando a mi oficina.

<< ¡Estúpida, más que estúpida!>>, pensé mientras me sentaba frente al ordenador. Ya me caía más que mal. Era obvio que se había acostado con él.

Capítulo 5

A la hora que habíamos acordado, ya estábamos todos preparados para la fiesta sorpresa. Y digo todos porque los únicos que faltaban eran Mark, (a quien le estaba deseando ver la cara que iba a poner cuando nos encontrara allí a todos) y Marcus, que fue el encargado de entretenerlo y traerlo hasta aquí. Y como no... Marcela, qué por mí, como si no venía la muy estúpida.

Pero sí, sí apareció poco tiempo después. La verdad es que esa mujer era odiosa. Ella llegó más feliz que nadie, nos saludó colectivamente y se acercó rápidamente a Paul. La sonrisa que tenía en su cara cambió de forma radical por otra expresión más sensual. Vamos... que quería llevárselo a la cama de nuevo, sí o sí. Esta, venía a matar y se le notaba...

Me daba un poco de rabia, pero él, podía hacer lo que le viniera en gana.

Aunque, observándolo un poco, no sé veía muy cómodo en su compañía. ¿Serían los rumores ciertos y él era un picaflor al que no le gustaba repetir con la misma, más de una vez...?

Lo que fuera, a mí me daba igual. Aunque no voy a mentir, a mí, ese hombre también me encantaba.

— ¿Dónde se metió? — preguntó Susan acercándose de nuevo a nuestro lado. Nos miró a Efrén y a mí, esperando una respuesta.

—Pues no sé, estará haciendo de las suyas — dije yo.

—A ver si ahora no va a aparecer, y estamos todos aquí esperando como tontos... — siguió mi amiga.

—Tranquila, aparecerá — intervino Paul, quién al parecer, se había separado de Marcela, y se unía a nosotros.

—Pues si lo dice el capitán... — solté yo — No podía evitar volver a ruborizarme y sonreír como una idiota. Era el efecto que aquel hombre causaba en mí, y parecía que iba a seguir siendo así, supongo que hasta que tuviese más confianza con él, y me acostumbrara a su presencia. Y como yo tampoco era de achantarme, no era un impedimento para mí.

—Marcus lo traerá a tiempo — dijo este muy convencido.

—Bueno, pues ahora sí que me voy a preocupar. ¿A quién demonios se le ocurrió dejar a Marcus, a cargo de algo tan importante? — preguntó Efrén alucinando y con la boca abierta.

—A mí — dijo Paul.

— ¡Madre mía!, entonces estos dos ni aparecen — rio Susan y yo y Efrén lo hicimos con ella.

— ¿Por qué? — preguntó Paul, sin entender nada.

—Nada, ya lo conocerás y lo entenderás, es solo que Marcus es algo... — hice un gesto con la mano, como si no encontrara la palabra adecuada y la verdad era que no la encontraba o, más bien, no sabía qué palabra usar para definirlo exactamente.

—Despistado — dijo Susan, resumiéndolo.

—Algo así — reí y le agradecí con la mirada la ayuda.

—Yo no diría despistado en ese sentido, pero bueno...

—Efrén — lo interrumpí—, con despistado basta. A ver qué imagen va a tener el capitán ahora de él.

—Pues la que debe de tener. A ver si ahora le llaman el terror de las niñas por algo que yo me invente... — Siguió mi amigo y todos reímos a carcajadas— Aunque creo que ese mote va a pertenecer a otro ya — miró al

capitán y yo en ese momento quise darle una patada en la espinilla. ¿Por qué nunca era capaz de callarse?

—No es el león tan fiero como lo pintan – dijo Paul sin inmutarse lo más mínimo.

Esperamos un poco más y, poco tiempo después, vimos cómo aparecían Marcus y Mark. Los dos tan tranquilos, ellos sin prisas ninguna en la vida. Marcus subido en su parra habitual, ni nos vio. Así que, cuando estuvo lo suficientemente cerca, todos gritamos un, *¡Sorpresa!* colectivo y nos reímos con la cara de alucinado que puso.

La verdad es que habíamos puesto todo aquello precioso. Decorado por todas partes. Íbamos a pasar, un buen rato, eso, seguro...

Lo felicitamos, le dimos besos, abrazos y le cantamos. Las risas no paraban, se veía que le había hecho mucha ilusión que le preparáramos una fiesta. Es que, para nada, se lo esperaba...

Comenzamos a picar de lo que había allí, qué, en verdad, había más comida que en un banquete (pues éramos algo exagerado) y comenzamos a beber. La noche acompañaba y nos sentimos todos muy a gusto.

Me apoyé en la barandilla de la terraza y me dediqué a observarlos a todos. Por momentos así, y otros muchos, era por lo que adoraba mi trabajo. No todo era perfecto. Era agotador y algunas veces pensaba que debería volver otra vez a tierra y echar raíces. Como se suele decir, *llevar una vida normal*. Pero me gustaba demasiado lo que vivía aquí, el trato con la gente, el mar y mis compañeros, como para dejar el trabajo que tantas alegrías me hacía pasar.

—Estás muy pensativa, ¿debo preocuparme?

Pestañeé varias veces antes de contestar a Paul, ni siquiera me había dado

cuenta de que estaba a mi lado. Lo había visto unos minutos antes hablando, o más bien, escuchando a Marcela, así que pensé que seguiría con ella.

—Hola – sonreí –. Solo quiero grabar estos momentos en mi retina.

— ¿Y eso? ¿Abandonas la profesión? – Se apoyó en la barandilla, a mi lado, con una copa también en su mano, como yo.

—No, o espero que no sea tan pronto – sonreí de nuevo, lo miré y volví a mirar a mis compañeros—. Es solo que me gusta que todo esto, quede guardado en mis recuerdos.

—Vaya... no pensé que fueras una mujer tan sentimental.

— ¿Sentimental? ¿Te parezco sentimental? – pregunté como ofendida.

—Sí, desde el minuto uno – rio—. Pero eso no significa que no seas echada para adelante, divertida o... muchas otras cosas más.

— ¿Y tú, en solo unas horas sabes cómo soy? – Elevé mis cejas y lo miré mientras bebía de mi copa a lo, *actriz de Hollywood*. Me salió natural, si llego a hacerlo queriendo, no me sale, seguro...

—Puedo deducir muchas cosas, aunque espero conocerte mejor antes de emitir un juicio.

—Bueno, tendrás mucho tiempo para conocerme, vamos a pasar un tiempo en el crucero.

—Quizás no tanto como el que yo quisiera... – Me guiñó un ojo y se dio la vuelta para ver quien lo había llamado. Era Marcela, cómo no... Parecía ser, que ya estaba borracha como una cuba.

—Bueno, creo que a ella sí la vas a poder conocer bien – lo dije con ironía e intentando no descojonarme, porque la tipa se había subido encima de algo, y estaba bailando como la que está haciendo un striptease.

—No, te aseguro que no necesito conocerla más – dijo él, torciendo el gesto.

— ¡Capitán! ¡Yuhu! – gritaba esta. Intentó girar en un paso de baile y...

— ¡A la mierda! – reí.

No pude evitarlo. Mi reacción normal tendría que haber sido la que tuvieron los demás, incluido Paul, y es la de ir a socorrerla cuando cayó al suelo. Pero a mí la expresión me salió del alma y empecé a descojonarme sin poder evitarlo.

Susan apareció a mi lado, igual que yo. No éramos capaces de hablar, solo de reír. A Marcela ya la habían levantado del suelo, parecía que estaba bien, solo borracha.

— ¡Me meo...! – decíamos mi amiga y yo entre risas.

— ¡Dios!, lo que hace para llamar su atención – dijo mi amiga cuando por fin pudo hablar, después de secarse las lágrimas de los ojos de tanto reír.

— ¿Lo notaste?

— ¿Y quién no? Si no lo ha dejado respirar en toda la noche, al pobre ya se le veía amargado. Creo que la ha emborrachado para a ver si así lo deja en paz – explicó Susan.

—Bueno, si él la aguanta es porque quiere. Mientras a mí me deje en paz.

— ¿Él? Dudo que lo haga, creo que eres la siguiente, se le ve interesado en ti. ¿Y ella? Creo que te has buscado una buena enemiga.

— ¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué hice? – pregunté flipada.

No es que fuéramos amigas, ni mucho menos, pero yo, no le había hecho nada a la estúpida esa...

—Porque se nota que él te mira y que ella, quiere matarte. Las mujeres no somos tontas, Anais. Reconocemos a la competencia muy rápido.

— ¡Qué competencia ni qué mierdas...!

—Tiempo al tiempo... Te aseguro que este crucero va a ser de todo menos aburrido – rio mi amiga.

— ¿Aburrido? ¿Quién está aburrido? – Efrén se unió a nosotras, venía con Marcus, los dos abrazados por los hombros.

—Aquí nadie se aburre, que es mi fiesta – dijo este. Nos cogieron a Susan y a mí de las manos y jalaron para alejarnos de la barandilla.

Nos pusimos a bailar con ellos y reímos lo que no podíamos ni imaginar. La fiesta era un éxito y yo, no quería que acabase, aunque sería pronto pues en unas horas, debíamos estar todos, al pie del cañón.

Para quien sí se acabó pronto fue para el pobre Paul, que le tocó lidiar con la odiosa Marcela todo lo que quedó de fiesta.

Capítulo 6

Pocas horas después, el crucero volvía a funcionar con total normalidad. Lo que no era normal es la cara de cansados que teníamos todos, pero no importaba, habíamos disfrutado la noche anterior.

Me senté a desayunar con Susan y Efrén, y esta vez la mesa no estaba como solía estar. Solo había café, más café e ibuprofenos por todos partes.

— ¡Joder!, es que estamos trabajando, no deberíamos hacer esas cosas – se quejó Efrén.

—Esas cosas son, la salsa de la vida – dije haciéndome la valiente, aunque mi cabeza tampoco estaba muy bien.

—Pues que sepas que cuando nos casemos, se acabaron las borracheras – bromeó este.

—Si os llegáis a casar algún día, es porque no solo se acabaron las borracheras, es porque la especie humana está a punto de desaparecer – mi amiga se meaba ella sola con su comentario, con eso daba a entender que entre Efrén y yo no habría jamás nada. Dejó de reír, supongo, cuando la cabeza le dio una punzada de dolor.

—Pues al capitán no se le ve tan mal – dije después de mirarlo. Estaba sentado, solo, muy serio y con la mirada perdida en su taza de café.

—Normal, si apenas bebió, se pasó la noche pendiente a que la otra no hiciera ninguna locura – se quejó Susan.

—Pero eso era problema de ella, no de él – dijo Efrén.

—Ya, pero él, es el capitán del barco – me encogí de hombros, con esa frase lo decía todo.

La verdad es que me molestaba un poco que fuera así, pero Marcela, al parecer, se había encoñado de él y le iba a dar el crucero... Aunque también estaba segura de que él, sabría cortar el tema y ponerla en su lugar, si es lo que quería. Así que no me daba pena en lo más mínimo.

Ya, no era un crío, tenía lo que se buscaba. Si no la quería cerca, que se lo dijera claro. Su problema era...

Terminamos de desayunar y todos estuvimos listos para que la vida en el crucero comenzara. En pocas horas saldríamos para Livorno, otro nuevo destino que estaba segura que el pasaje disfrutaría, tanto o más, que el que

dejábamos atrás.

El crucero comenzó a cobrar vida como si nada hubiera pasado la noche anterior. Al pasar por recepción, vi a Marcela. Esta sí que tenía mala cara. Le faltaba poco para ser de color verde y con el mínimo movimiento del barco, vomitaba.

—Buenos días, Marcela – dije alegremente al pasar junto a ella.

—Buenos días – me miró y sonrió. Después es que la muy estúpida, sabía poner una sonrisa que no parecía nada falsa, normal, que bien dado el puesto de trabajo que tenía...

Seguí caminando y no pude evitar reírme recordando la caída de la noche anterior. Como le dije a Paul, dejaba todo muy guardado en mi retina. Esos momentos los iba a recordar toda la vida, cuando mi tiempo en el mar, se acabase. No quería que nada se me pasara por alto.

Íbamos a zarpar de nuevo. Otro destino y seguro que otras aventuras por vivir. Iba a disfrutar de cada instante como si fuera el último.

Al pasar por un lado del pasillo había un grupo de chicas jovencitas, no más de veinte años y españolas. Iban cantando una canción muy graciosa.

¡Cuándo zarpa el amor!

Navega a ciegas, es que lleva el timón

Y cuando sube la marea al corazón...

Me hizo gracia la letra y la busqué corriendo en internet, era de un grupo español llamado, *Camela*, no lo había escuchado en mi vida, pero le di a escuchar la canción y cuando llegó a esa estrofa, me emocioné mucho, la puse varias veces.

¡Cuándo zarpa el amor!

*Navega a ciegas es que lleva el timón
Y cuando sube la marea al corazón
Sabe que el viento sopla a su favor
No podemos hacer nada
Por cambiar el rumbo que marcó para los dos.
¡Cuándo zarpa el amor!”*

Me pasé un buen rato cantándola mientras trabajaba. Luego fui a comer pues había quedado en el restaurante exterior con Susan. Al llegar, ya estaba comiendo pizzas.

–Qué asco de ti, no te cuidas nada y siempre estás perfecta – dije dándole un beso y dejando el walkie sobre la mesa.

–No te quejes que tú, tienes un cuerpazo – me guiñó un ojo.

–Sí, pero cuidándome como una loca, no creas que no me privo de muchas cosas... – le dije con cara de resignación.

–¿Vais a comer pizzas? – dijo Efren, sentándose en la mesa.

–Tío, ¿tú nos has puesto un chip?, no es normal que nos encontres en todos partes – dijo Susan bromeando.

–¡Pero chavalas, si la única alegría que tenéis en el barco, es cuando aparezco yo, ante vuestros ojos! – dijo sentándose y apoyando el plato que ya traía en las manos, pues en el restaurante que estábamos

era autoservicio.

–¡Tendrás morro...! –dijo Susan expresión de querer matarlo, pero soltamos una carcajada.

–¿Habéis visto ya, al gigoló frustrado? – dijo cortando un bistec.

–¿Gigolo frustrado? ¿Eso estás llamando al capitán?

–Aja...

–¿Aja? ¿Y tú que eres? – preguntó Susan, indignada.

–Yo vuestro amor, el hombre que os cuidará, mimará y velará por vosotras, en vuestra estancia a bordo del Orquídea.

–Tienes un morro que te lo pisas... – intervine yo.

–Ya, pero ustedes me adoráis...

–Un montón, vamos se nos eriza la piel – dijo bromeando Susan.

–Buenas tardes – irrumpió para desgracia mía, la odiosa de Marcela.

Mientras contestábamos de malas ganas Susan y yo, ella se sentó con su

plato y bebida. Efrén, sí que le sonreía, ese no cambiaba su patrón de conquistador.

–Ayer metiste un ostión bueno en el puente de mandos – dijo Efrén y nosotras aguantamos de reírnos.

–Pero una tiene estilo hasta para caerse, mi hijo – dijo la estúpida.

–Bueno, cada una llama estilo a lo que quiere – dije como la que no quiere la cosa.

–Hija, parece que te falte un buen polvo... – dijo la descarada.

–¿A mí? ¿Tú crees qué... con este cuerpo y esta cara, me puede faltar a mí, un buen polvo? Creo que ese comentario sobra.

–Y el tuyo, he hecho una broma y me has soltado una indirecta, eso me ha dado a mí, el derecho a decir lo que pienso – dijo bordemente.

–Pues mejor que no diga yo, lo que pienso – dije muy ofuscada.

–Chicas relax. Marcela, no deberías hablar así a una oficial, sabes que corres el riesgo de perder tu puesto de trabajo, y tú Anais, cálmate, intentad las dos pasar esto por alto – dijo Efrén.

–¿Mi puesto? Aquí el único que tiene la última palabra sobre si me

bajo o no del barco, no es ella precisamente. Y a ese, lo tengo tan contento, que lo tendríais crudo – dijo levantándose y marchándose.

–Es una gilipollas... – dijo Susan.

–Bueno, su último comentario deja mucho que desear, pero ya sabemos de qué va el capitán. Para prueba, la bomba que ha soltado por su boca.

–Yo paso de ella, ni importancia le doy, que le den por saco. Pero esta conmigo no va a tener ya ni los buenos días y ya, se la tengo sentenciada. Esta tía me cae como el culo... – dije levantándome para coger algo de fruta.

La verdad es que la presencia de Marcela me irritaba, por lo tanto, si no tenía mas encuentros con ella, mejor. No la quería tener en mi mesa, ni a mi alrededor, más de lo estrictamente necesario y solo por trabajo.

Volví a mi puesto a organizarlo todo. Pasé todo el día trabajando, encerrada en mi despacho.

Por fin había acabado mi jornada laboral. Había sido un día agotador, sobre todo por lo cansada que lo había comenzado. Me pedí un San Francisco sin alcohol en el bar y salí con la copa a que me diera el aire. La noche estaba perfecta y a mí, me gustaba pasar esos momentos allí, con la brisa en mí cara, disfrutando de la noche, de las estrellas, con la luna casi llena. Libre...

Me apoyé en la barandilla, como siempre hacía, le di un sorbo a la bebida y me quedé contemplando el cielo. Por disfrutar aquellos momentos, valía la pena el cansancio y la vida sacrificada, de trabajar en un crucero. Me hacía sentir completamente libre a la vez que insignificante, era maravilloso.

Lo que no había era silencio, aunque me habría encantado. La gente estaba de fiesta, y disfrutaba del viaje de sus vidas. Se oía la música, las risas y aquel jolgorio, me hizo sonreír.

También se oía...

Cogí mi walkye rápidamente cuando oí que sonaba.

—Capitán Cruise a hotel manager.

Me quedé sorprendida con la voz de Paul, sonreí y hablé.

—Aquí hotel manager, a sus órdenes, mí capitán.

— ¿En qué posición se encuentra, hotel manager?

—Detrás del bar de la terraza principal, señor – respondí sin entender a qué venía la pregunta.

—Espéreme ahí, llego en un momento. Corto y cambio.

Me quedé mirando el walkye como si fuese idiota. ¿Que lo esperara, para qué? Y tenía que usarlo sabiendo que lo escuchaba toda la tripulación, ¿para preguntarme dónde estaba? ¿Habría ocurrido algo?

¡A la mierda mi tranquilidad! Me giré y apoyé mi espalda en la barandilla, esperando a que Paul apareciera. No tardó mucho y casi se me cae la mandíbula al suelo cuando lo vi.

Venía guapísimo, con su uniforme, pero no era lo más importante en ese momento. ¡Venía con dos copas de champagne en las manos!

–Así me gusta, que cumplas mis órdenes – sonrió al acercarse. Me ofreció la copa y la cogí con la mano libre que tenía. Al darse cuenta, me quitó el San Francisco de las manos y lo dejó por allí cerca.

– ¿Y, esto? – pregunté cuando se apoyó en la barandilla, a mi lado.

–Terminó mi trabajo por hoy, quería celebrarlo contigo.

–Ahh ... Pues todavía le veo vestido como un capitán, señor...

– ¿Ese es el problema? – sonrió. Se quitó todos los galones y se quedó vestido de blanco – ¿Y ahora?

–Vaya... Creo que ahora sí que podré tomarme el champagne contigo – sonreí y noté que me ruborizaba, pero, ¡qué demonios!, estaba guapísimo.

–No te he visto en todo el día.

–Es lo normal – dije, era la verdad.

–Pues te eché de menos, que lo sepas...

–Capitán, ¿intentando ligar? – reí.

–No, eso ya lo hice desde el primer momento, ya solo me queda lo siguiente.

– Y qué es... ¿lo siguiente?

–Que pases una noche conmigo, en mi camarote.

Casi escupo todo el champagne. No sabía si lo decía en broma, o es que realmente, no se andaba con tapujos.

–¿Perdón?

–Te quiero en mi cama, y lo estarás.

—Muy seguro estás tú de eso...

—Ya verás que sí.

—¿Y si eres tú quien acaba en mi cama? — Si quería jugar, yo también sabía hacerlo.

—Antes de tenerte en la mía, no, pero quién sabe... En esta vida todo es posible.

—Yo no soy una más, Paul — dije seriamente, sin juegos y siendo sincera.

Se quedó mirándome, como si no supiera qué decirme. Acercó su cara a la mía y me aparté rápidamente. Conmigo, no iba a jugar.

—Nunca he pensado que fueras una más — cogió mi cara con su mano y me dio un beso en la mejilla — Y te lo demostraré.

—¿Como a la mitad de las mujeres de este barco? — dije con ironía y risas, pero realmente era lo que pensaba.

—Acabarás en mi cama... — dijo como si nada.

Solté la copa de champagne y me acerqué mucho a él.

—Quizás, capitán, como dije antes, seas tú, el que acabe en la mía. Y seas tú, el que ruegues por ello, y no quieras volver a salir de ella.

Me acerqué, le di un beso en la mejilla como él había hecho conmigo y con mucha clase y con una sonrisa de oreja a oreja, me marché de allí caminando lentamente, y sin mirar atrás. Solo esperaba estar actuando como la prota de una novela de Hollywood de, *femme fatale* y no de una de comedia al torcerme el tobillo o caerme, pues patosa era un rato...

Gracias a Dios, no ocurrió. Y me fui a mi cama bastante contenta.

Hotel manager 1, capitán 0. Gané.

Capítulo 7

Siete de la mañana y ya estaba en mi despacho. Envié los primeros informes de la mañana, y me fui a desayunar una hora después.

Susan me avisó que no podía venir, había un problema en un pasillo de camarotes y estaban intentando solucionarlo, así que me senté en una mesita en la zona de la cubierta superior, teniendo frente a mí, Livorno, el puerto donde habíamos atracado dos horas antes. El puerto más cercano a Florencia.

Algunos pasajeros desayunaban a toda prisa y otros ya estaban bajando del barco para ir a las excursiones programadas o por libre.

El barco se quedaba prácticamente sin pasajeros casi todo el día, hasta que, llegada la tarde, comenzaban a regresar poco antes de partir hacia un nuevo destino.

De lejos vi a Marcela con una chica del equipo de animación. Era otra cubana y se llevaban muy bien. Se sentaron unas mesas mas allá y vi en cierto momento, como cuchicheaban seguramente sobre mí. Aunque a mí, me importaba tres pepinos...

Seguí desayunando y un rato después llegó Víctor, uno de los bailarines de animación. Era de Puerto Rico, un chico muy discreto que amaba su trabajo, y se dejaba todos los días la piel en el escenario.

Lo invité a sentarse.

–Hoy iba a ir a Pisa, tenía ganas de salir un rato, pero a Florencia no, que se tarda mas en llegar y no tenia ganas de perder mucho tiempo. Pero tengo tal flojera, que al final me quedaré en el barco –

dijo poniendo cara de cansancio.

–Deberías descansar...

–Pues sí, eso creo que haré, de todas maneras, estoy harto de ir y no me voy a perder nada. solo me apetecía salir, pero se me han quitado las ganas.

–Yo estoy igual, no me apetece bajar.

–Estamos viejos...

–Eso parece – solté una carcajada.

–Esta noche es la fiesta ibicenca, se viene dura la noche.

–¡Sí! Veremos si la tenemos en paz, siempre es el día con más borracheras a bordo.

–Increíble, pero es cierto.

Un rato después vi como se iba Marcela con la otra chica, me miró descaradamente, yo la miré desafiante. Vamos, que la tensión se podía mascar en el ambiente.

Volví a mi oficina para enviar el resumen de la semana anterior y que tenía casi listo, así que iba a ello. Pero... no podía quitarme de la cabeza a Paul. Esa era la realidad.

Volví a poner la canción de Camela, me había parecido muy emotiva y graciosa.

En ese momento recibí un email de mi padre...

Querida hija, espero que te encuentres bien. Aquí está todo como siempre. Te extrañamos mucho, pero sabemos que es tú felicidad y lo que deseas. Tu madre me pide que te diga que, en breve, subiremos una semana a tu barco, así estaremos contigo un poco más. Será cuestión de organizar las fechas. Esperamos verte pronto, cariño. Que sepas, que estamos deseándolo. Te queremos mucho...

Mis padres subían a verme de vez en cuando. Me hacía mucha ilusión tenerlos cerca. Tenían sesenta y tres años y estaban jubilados, pero aparentaban bastante menos. Les respondí rápidamente, porque si no luego, se me pasaba.

Papá, mamá, os quiero en el barco, cuanto antes mejor. Estoy deseando estar con vosotros, sabéis que, para mí, siempre es una alegría teneros a bordo. Mantenedme informada. Sois mi vida...

Mis padres eran grandes personas, un ejemplo de educación y saber estar. Eran mi vida, además era hija única y teníamos un vinculo muy grande por parte de los tres.

Los últimos pasajeros, ya estaban bajando del barco. Cogí la carpeta con unos documentos que Paul, como capitán, debía firmar para tramitarlos.

Comería algo en el crucero, ya que tenía trabajo y no me apetecía salir por Livorno para nada.

—Hola – saludé cuando lo vi– Necesito que me firmes esto, para dejarlo listo.

Miró para ver de qué trataban, y lo firmó sin más dilación. Me entregó los documentos, los agarré, pero él, no los soltaba. Lo miré con las cejas enarcadas.

—Paul...

—¿Ya comiste?

—No.

—Bien, pues nos vamos.

Soltó los papeles y se levantó.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde? – pregunté flipando.

—A comer. A la ciudad.

—Esto... No, yo comeré cualquier cosa aquí, tengo trabajo y...

—Y lo harás después. Vamos.

—No voy a ir a la ciudad a comer contigo – dije cabezota.

—Creo que hay algo que no entiendes. No te estoy invitando, es una orden.

—Pero...

—Dejamos los papeles en tu despacho y nos vamos.

En ese momento no sabía si darle con los papeles, cogerle la cabeza y estampársela contra la pared, ponerme a gritar, o qué demonios hacer.

¡Maldito idiota...!

De mala manera, dejé los papeles en mi despacho y ambos salimos del barco. Tomamos un taxi y llegamos a un restaurante que ya conocía. Sabía que la comida de allí era muy buena, de todas maneras, tampoco me preocupaba. Sabía que Paul, seguramente, entre sus muchas, *cualidades*, tendría también muy buen gusto.

Pedimos y no tardaron mucho en servirla. Como imaginaba, estaba perfecta.

– ¿Enfadada?

–No – mentí, estaba bastante molesta, sí, para qué negarlo.

–Tenía ganas de pasar tiempo contigo, no me puedes culpar por eso – dijo con sinceridad.

–Me gusta estar contigo, me lo paso genial y me divierto, pero no soy...

–Una más, ya lo sé. Deja el tema.

–Lo siento, pero, es lo que pienso.

–Tienes que vivir más y pensar menos.

–Y tú al revés, creo que no miras las consecuencias de tus actos.

–Puede ser. Pero vivo. Te tengo aquí y quiero que disfrutemos, solo eso.

Sabía que tenía razón, pero él a mí, me gustaba, ni yo sabía exactamente hasta qué punto, pero lo hacía. Me gustaba porque con él, podía ser yo misma, no sé por qué estaba tan a la defensiva con él. Así que intenté relajarme.

— ¿Qué tal con Marcela? – pregunté.

Puso los ojos en blanco y yo me reí. Todo el mundo sabía lo que había pasado, por lo que no podía hacerse el tonto conmigo. Además, así me reía un rato.

—No voy a hablar de eso.

— ¡Pero si lo sabe todo el barco!

—No, si eso me lo imagino. Pfff... En fin...

—Está colada por ti.

—Pero yo por ella no – dijo tan tranquilo.

— ¿Alguna vez... te has enamorado? – Me atreví a preguntarle.

—Puede que un día te cuente todo lo que guarda este pobre corazón...

— ¿Pobre? ¡Seguro que lo tienes de hielo! – dije descojonada de la risa.

—El hielo también se derrite – me guiñó un ojo – Tú lo comprobarás.

— ¿Qué, exactamente?

—Cómo el hielo, en el lugar adecuado, puede convertirse en fuego...

Entendí la frase a la primera. Fuego no sé, pero que a mí me entraron calores, me entraron...

— ¿Sigues con lo mismo?

—No voy a parar hasta tenerte en mi cama.

— ¿Y me lo dices así? ¿Tan normal? ¡¿Aquí?! – Casi chillé, pero me estaba divirtiendo de lo lindo.

—Aquí, sé que no vas a salir corriendo – sonrió pícaramente.

—Si piensas eso, es que no me conoces...— dije a carcajadas.

—Llegaré a hacerlo, de eso me encargo yo.

— ¿De hacerme correr? — pregunté, bromeando.

—De hacer que te corras, que es diferente — dijo acercándose a mi oído y susurrando. ¡Joder!, me puse roja como la grana y él, comenzó a reírse sin control—. Me refería a conocerte muy bien, pero lo otro igualmente — me guiñó un ojo.

Menos mal que habíamos terminado de, pues la conversación, con las bromas, se me estaba yendo de las manos.

Pagó él, por supuesto, no me dejó hacerlo. Volvimos al barco y me acompañó hasta la puerta del despacho.

—Gracias por acompañarme — me dijo mirándome a los ojos.

—No tenía otra opción, era una orden, ¿no? — dije chulescamente.

—Jugaré con esa baza entonces. Ya sé cómo conseguir lo que tanto deseo.

— ¿Y qué es... lo que tanto deseas? — Me atreví a preguntar, aunque imaginaba por dónde iban los tiros, solo esperaba que fuera comedido, pero es que me encantaba buscarle la lengua.

Acercó su boca a mi oído.

—A ti. Te deseo a ti.

Y tras un corto beso en la oreja, me dejó allí.

Diez puntos para el capitán. Y, esta vez, yo pierdo.

Me fui al camarote a descansar un rato, tenía ganas de relajarme. Lo que

me estaba ocurriendo con Paul, hacía que mi cabeza, estuviese a punto de explotar.

No conseguía dormir, ni de broma, puse una película en el portátil y estuve viéndola tirada en la cama.

A las ocho volví a mi despacho, todo el pasaje se encontraba a bordo y estábamos a punto de zarpar. Muchos pasajeros vestían de blanco pues era el día de la fiesta ibicenca. Yo llevaba un vestido blanco de tirantes, cruzado al pecho y con una bonita caída, por encima de la rodilla. El pelo lo llevaba suelto con una flor amarilla prendida a un lado, era de tela, pero parecía enteramente natural.

Iba saludando pasajeros, por todo el barco. Se hacían rápidamente con las caras de la tripulación y todos eran muy afables. A veces te cansaba pues te sentías como si fueses un famoso, estrechando la mano de todo el mundo y parándote a charlar con todo el que se cruzaba en tu camino.

Otra vez, tenía metida en mi cabeza la canción aquella de, *Cuando zarpa el amor*, no podía dejar de tararearla.

Entré al despacho, revisé los emails y me fui a cotillear por el barco, a controlar que todo estuviese en orden, en la noche temática ibicenca Fui por la zona del bar de la piscina. Estaba bastante lleno de pasajeros del primer turno que ya habían cenado y empezaban su fiesta. Pasé delante de un grupo de holandeses, que iban de solteros y empezaron a hacerme la ola ¡Que vergüenza! Yo sonreía, pero quería morirme. Luego, me pidieron una foto con ellos, esas cosas eran las que tenías que aguantar y sonreír, pues entraban en la rutina del trabajo...

De repente apareció Susan. Nos fuimos a pedir un coctel para tomarlo en la barandilla que tanto nos gustaba.

–Traigo un cotilleo – dijo cogiendo los cocteles y andando.

–Cuenta, cuenta...

–Espera que apoye esto – dijo llegando a nuestro rincón.

–Dime... – dije disfrutando de la inmensidad del mar mientras el barco navegaba. Por mucho que lo veía, siempre sería maravilloso volverlo a hacer.

–La he tenido con Miss Habanera – dijo poniendo ojos en blanco.

–¡No! ¿En serio? ¿Qué ha pasado?

–Pues que, voy a recepción a entregar un reporte de un pasajero y me atiende ella.

–Aja... – dije super intrigada.

–Cuando se lo doy y me iba a ir, me suelta que por qué no me despido, porque... ¿Acaso tenía órdenes de hablar lo menos posible con ella?

–¿Eso te dijo la estúpida?

–¡Digo! Y ya me volví y le dije, qué a mí, nadie me tenía que dar órdenes. Luego bajé un poco la voz me acerqué a ella y le dije, que tampoco necesitaba chupársela a nadie para mantener mi puesto y me fui tan a gusto.

–¡Toma ya! Bien dicho, lo raro es que no te dijera nada.

–No, ya me lo dirá – soltó una carcajada.

–No la aguanto, te juro que no la aguanto. Por cierto, hoy me ordenó salir con él, y comer en Livorno...

–¿¿¿Con Paul???

–Aja...

–¿Fuiste a Livorno, con él?

–Aja...

–¡Flipo! Lástima que no se entere la muy cerda...

–Ya haremos algo para hacerla rabiar. Ayer me habló Paul por el

walkie, seguro que ella lo escuchó, es una de las pocas que hay en esta emisora...

–Pues hay que encabronarla, que es muy buscona. Se cree que, por ser cubana, ya tiene a todos los hombres comiendo de su mano. No la trago tampoco.

Nos pusimos a reír como dos niñas, en el fondo es que Marcela, era odiosa, pero tendríamos que aguantarla y por mucho tiempo.

Echamos una hora de risas. Más tarde, fuimos a comprobar toda la programación del evento de ese día. Ella se marchó a su puesto y yo me quedé a cargo de todo. Había que ser muy cuidadoso en todos los detalles pues debíamos impresionar, agradar y, en definitiva, hacer pasar los mejores momentos posibles a nuestros clientes. Que desembarcaran de este crucero, con buen sabor de boca y muchas ganas de volver. Era el lema para triunfar y tenía que estar todo a la perfección.

Efrén estaba en su salsa pues tenía a un grupo de pasajeras a sus pies, no lo dejaban a sol, ni a sombra y él, se sentía el rey del mambo.

Lo observaba de lejos, me hacía mucha gracia su soltura, su chispa para atrapar a las personas, era todo un showman.

En un enorme crucero como era este, ocurría de todo: algunos de la tripulación se liaban con otros, pasajeros con tripulantes, oficiales con pasajeros, *etc.* A veces era un descontrol, pero era nuestra ciudad, una ciudad flotante, y aunque realmente no estuviese permitido, lo hacía casi todo el mundo.

Por fin mi momento en soledad. La noche, salpicada de estrellas y

aquella inmensa luna, el olor del mar, la suave brisa...

<<Y esos pasajeros que ya podían estar dormidos y no dando tanto *por culo*>>, pensé con los ojos en blanco. Pero contenta porque disfrutaran y fueran felices.

Me senté en una hamaca de las que había cerca de la barandilla, con mi San Francisco de nuevo en la mano y cerré los ojos, buscando un poco de paz.

Que poco duró... Gruñí porque el walkie sonó. ¡Pero bueno! Esto que se había convertido, ¿en costumbre?

–Capitán Cruise, para hotel manager...

No me lo podía creer... ¡¿Otra vez?! Pero, ¿a este qué le había entrado? Me armé de paciencia y contesté.

–Aquí hotel manager. A sus órdenes, mi capitán – por no decirle, *puede usted irse a la mierda*, pues no estaría bien ya que nos oía parte de tripulación.

– ¿En qué posición se encuentra, hotel manager?

<<En posición de matarle, ¡mi jodido capitán!>>, pensé. Los demás estarían preguntándose qué demonios pasaba con nosotros. O eso, o se estarían descojonando de risa. De pronto, recordé que Marcela estaba oyéndonos...

–¿En dónde le gustaría que estuviera, Capitán Cruise? – pregunté con toda la sensualidad que Dios me dio.

Hubo un momento de silencio antes de responder.

–Donde se sienta a gusto, hotel manager, para algo es su tiempo libre.

– ¡¿Y para qué me llama?! – No pude evitarlo, juro que no pude evitar decirlo en voz alta.

– ¿Dónde está?

Desesperada se lo dije y, cómo no, volvió a aparecer. De nuevo con dos copas de champagne.

–Lo tuyo es ya... – Empecé a reírme– Dejé mi San Francisco en el suelo y cogí la copa.

–Creo que me voy a aficionar a pasar estos momentos contigo.

–Lo que me faltaba... – reí.

Tomó asiento a mi lado y miró al cielo, yo hice lo mismo.

–Cualquier día nos dirán algo con las preguntitas por el walkie.

– ¿A quién le importa?

–En realidad a mí no, pero a Marcela...

–Uff, déjala por ahí – dijo y nos reímos los dos.

– ¡Hola...!

Ese, *hola*, nos cortó la risa a ambos. Vimos cómo la susodicha se acercaba a nosotros. ¡A joderse!, ahora sí, que me habían dado la noche. Ninguno de los dos contestamos, y ella, con toda la cara del mundo, se sentó a nuestro lado.

– Fiesta... ¿privada? ¿Y mi champagne? – preguntó ella.

–Tendrás que ir a buscarlo tú – dijo Paul sin inmutarse –. Y sí, es privada, como bien has dicho.

–Pero... – Se quedó completamente blanca y es que él, le había dado

un buen corte.

–La verdad es que podéis compartirlo, yo, ni la probé – le di mi copa a ella y me levanté.

–Anais... – dijo Paul, en modo advertencia.

–Estoy cansada, en serio. Que disfrutéis de la noche.

Me iba a marchar cuando él, se levantó y me sujetó del brazo.

–Ya falta menos para lo que quiero. Sabes lo que es, ¿no?

– ¡No! – espeté.

–A ti. Te quiero a ti. Y queda muy poco...

Me dio un beso en la mejilla y me marché. No enfadada, al contrario, llevaba una gran sonrisa en los labios. Ni yo misma me entendía...

Ahí lo dejaba con Marcela, era su problema. Otra vez, punto para mí...

Capítulo 8

Desperté más cansada de lo que me acosté. Hoy era día de navegación, por lo tanto, estaríamos casi todo el tiempo en alta mar. Había mucha animación, pero la gente estaba cansada, o con resaca del día anterior. Era una táctica del crucero, la noche anterior a la navegación, tocaba fiestón, así, algunos, no la liaban tanto en el trayecto. Estaban relajados en las piscinas y poco más... Menos otros, que tenían un aguante, que no veas...

Me fui a desayunar a un privado que había arriba del todo en la terraza. Pedí a un camarero que me subiese uno de los desayunos completos que tanto me gustaban.

–Eres tremenda... ¿Estas escondiéndote de mí?

–Hola, Paul – dije alucinando – ¿Me estas siguiendo?

–Pues no, pero he preguntado por ti y me han dicho que te habían visto viniendo para esta zona, intuí que venias a desayunar y, tal y como están hoy de concurridos los bares de las piscinas, he supuesto que estarías en el vip de oficiales muy relajadita, y aquí estas... – dijo acomodándose en la silla.

–¡Qué inteligente...! – contesté irónicamente.

–Ayer me dejaste tirado y despreciaste mi copa – puso cara de esperar respuestas.

–No la aguanto, simplemente es eso...

–¿Celosa?

–¡Qué dices! Estúpida directamente.

–Yo la estaba invitando a irse...

–Ya, pero la pobre parece de otro planeta y no entiende...

–Hablé con ella, no volverá a pasar.

–No sé yo... si follando te entendió – dije sin pensarlo.

Una risa se le escapó mientras negaba con la cabeza.

–Si quieres saber si hice algo con ella, la respuesta es, no.

–No necesito saberlo, no es de mi incumbencia...

Se hizo un silencio ante la llegada del camarero.

–Al ver al señor capitán aquí, traje el desayuno doble.

Le dimos los dos a la vez, las gracias. Nos sirvió el café y se marchó, dejando ante nosotros un succulento desayuno.

–No tengo nada con Marcela – dijo insistiendo en el tema.

–¿Te lo digo en chino? No me interesa.

–¿Estás segura...?

–¡Totalmente!

–Ya lo veremos...

–Ese, *ya lo veremos*, conmigo no sirve de nada. Creo que te equivocas...

–Ya lo veremos...– dijo con esa seguridad que me ponía tan nerviosa, mientras mordisqueaba la tostada.

–Pues, ya lo veremos...

–Por cierto, quiero invitarte a comer en la terraza de mi suite, he pensado pedir un almuerzo especial, luego podremos descansar en las hamacas y tomar un poco el sol.

–¿Todo eso has pensado? – pregunté irónica.

–No, realmente no lo he pensado, lo he decidido.

–Pues no acepto...

–Pues no tienes otra opción...

–¿Estas utilizando de nuevo, tu cargo? – En el fondo me encantaba, seguirle el juego. Me ponía mucho, para que negarlo.

–Puedes ser...

–Pues muy bien. Iré, no porque lo desee, sino por obligación...

–Si no lo desearas, me denunciarías y te negarías.

–Puede ser, pero también puede ser por otras cosas.

–Ya...Pues te espero a las dos – dijo sirviéndose otro café –. Por cierto, mañana podríamos bajar a pasear por Niza.

–¿Obligada?

–Aja...

–Una cosita, ¿esto tiene subida de salario?

–Tiene un incentivo, sí...

–Ya, ya me imagino tu... incentivo – lo miré con elevando una ceja.

–Estas deseándolo, pero tu orgullo y los comentarios que has oído por ahí, te están frenando a hacerlo. Quizás deberías creer menos lo que dicen los demás, y averiguarlo por ti misma.

–No te juzgo por lo que digan los demás, pero, fíjate, ayer ni

siquiera pudimos tomarnos el champagne. A los hechos me remito.

–No seas cabezota – rio negando con la cabeza.

–No soy cabezota, soy clara – puse un gesto irónico.

–Conseguiré que confíes en mí.

–La llevas clara...

–Nada es imposible. Bueno, me voy que tiene que desayunar Mark. A las dos, te espero en mi camarote –indicó levantándose y dándome un beso en la mejilla. Me quedé con cara de tonta, pero deseando que llegara la hora de la cita.

Sí, lo deseaba, para que negarlo. Lo que este hombre me hacía sentir era algo nuevo para mí. Algunos chicos consiguieron ganar mi corazón, pero, el deseo y los sentimientos que Paul me provocaban, nunca me habían embargado de esta manera.

Me encerré en mi despacho hasta un rato antes de las dos, que fui a mi camarote y me puse ropa más cómoda. Pantalones vaqueros, cortos y una camiseta de tirantes en color blanca.

De allí, me fui directa a esa comida tan, *especial*, con mi capitán.

Capítulo 9

Conté hasta diez antes de llamar a la puerta, aunque decidí no esperar más y enfrentarme a aquel momento que me ponía tan alterada. Estar con él, sobre todo en su camarote, era una locura por mucho que estuviéramos en su terraza al aire libre, me sentía intranquila y a la vez excitada. Abrió la puerta con esa sonrisa de medio lado, tan seductora.

–Adelante – dijo apartándose.

–Gracias – sonreí irónicamente, en el fondo sabía que le hacía gracia.

–Estas muy guapa – dijo cuando pasé por su lado.

–Siempre lo estoy – le contesté cuando lo dejé atrás y fui directa a la terraza.

–No corras tanto, no te voy a obligar a que veas mi suite – mencionó saliendo detrás de mí hacia la terraza.

–¿Quién no te dice que el anterior capitán, no me la había enseñado ya? – dije tomando una de las dos cervezas que había sobre la mesa.

–Solo una. Luego refrescos que hay que trabajar – concretó cogiendo la otra y chocándola contra la mía.

–Tú no deberías de tomar ni una – me encogí de hombros.

–Lo decía por ti, pero no te preocupes, son las dos sin alcohol, puedes tomar las que quieras...

Me entró un golpe de risa, la verdad es que era muy cómico y siempre tenía un *as* bajo la manga.

–No tienes remedio... – Negué con la cabeza mientras miraba la succulenta comida que habían preparado los compañeros de cocina, todo tenía una pinta estupenda.

Nos sentamos a comer. Estaba muy cortada pues Paul, me ponía muy nerviosa. Sus gestos, su manera de hablar, todo él, conseguía que estuviese en continua tensión.

–Mañana sube mi hija – dijo como si tal cosa.

–¿Tienes una hija?

–Sí – afirmó sonriendo con la cabeza.

–¿Pero... estás casado?

–Lo estuve. Me separé el primer año de mi niña. Mi exmujer no soportó que estuviera siempre navegando y a ella, estar en el barco le sentaba muy mal. Al final, terminó pidiéndome el divorcio. De eso hace ya, cinco años. Ella ya ha rehecho su vida. – dijo con una sonrisa dando a entender que se alegraba de que así fuera.

–¿Cómo se llama tu hija?

–Anne, es una preciosa rubita de seis años...

–¿Cuánto tiempo se quedará?

–Una semana, mañana embarcará en Niza. Estoy deseando verla.

–Me alegra que mañana la tengas aquí... – Ya salió mi vena sentimental...

–Estoy deseando que la conozcas...

–Me encantará conocerla, aunque, si sale al padre... no lo tengo tan claro.

–El padre te encanta, eso es lo que más te asusta – rio.

Seguí comiendo sin decir nada al respecto. Lo que me dijo, era la verdad, decir lo contrario sería mentirme, pero tampoco quería inflar su ego. Además, las cosas eran lo que eran, y sabía muy bien cómo actuar, para no llevarme el palo del siglo.

Apenas podía levantarme cuando terminé de comer, me había hartado y tenía el estómago súper pesado.

Paul se tumbó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y me miró.

–Por más que me mires así, no te voy a hacer compañía – le advertí.

Su cara lo decía todo, no hacían falta palabras.

–No tienes que hacerlo de la manera que piensas... Solo siéntate a mi

lado y reposemos un rato la comida.

–Pero, no me tocarás – le advertí.

–Prometido – levantó una mano, mientras se ponía la otra en el pecho, recalcando la promesa.

Me levanté cómo pude pues parecía que pesaba como veinte kilos más y me senté a su lado, en la misma posición que él.

La cama estaba orientada para que, desde esta, se viese el mar. Era increíble. Me quedé como atontada divisando el horizonte.

–Te gusta mucho el mar, ¿verdad? – preguntó Paul, rompiendo el silencio.

–Sí, muchísimo – salí de mi ensimismamiento y lo miré, con una sonrisa–. Me pasa desde pequeña, es una adoración que no entiendo y que tampoco quiero dejar de sentir.

–A mí me pasa lo mismo. Mientras los niños de mi calle jugaban con sus coches de juguetes, yo solo quería barcos. Recuerdo que todos los días me sentaba a jugar con ellos, los metía en la bañera o en un cubo con agua, daba igual – dijo con añoranza–. Una vez, estando tomando un baño, llamé a mi madre, ese día, en el cole, hablamos de las profesiones y de qué queríamos ser de mayores. Yo le dije a la profesora que quería vivir en un barco. Ella me entendió perfectamente y me explicó que a esa profesión se le llamaba, *capitanear un barco*, que lo que yo quería ser era, capitán de barco. Así que, como te iba diciendo, ese día mientras me bañaba, llamé a mi madre gritando. La pobre, vino al baño corriendo y muy asustada – rio y yo lo hice con él–. Le dije: mamá, quiero ser capitán de barco.

–¿Y qué dijo?

–Cuando se le pasó el susto, y comprobando que no me había ocurrido nada, me miró sonriendo y me dijo: hijo, eso, ya lo sabía...

–¡Jajaja! Las madres lo saben todo.

–Sí, aunque... le llevaba dando muchas pistas – seguía riendo.

–Y aquí estás, capitaneando un crucero nada menos....

–Sí, y espero que por muchos años más.

–¿No quieres cambiar?

–No sé. Mira lo que ocurrió con mi matrimonio. La verdad es que esto, es totalmente incompatible para formar una familia, pero quién sabe... No me gusta mucho dar vueltas a eso. Supongo que iré pensándolo dependiendo de cómo vayan saliendo las cosas.

–Es lo mejor...

– ¿Y tú...?

– ¿Yo qué?

– ¿Pasarás toda tu vida en un barco?

–No lo sé – miré al mar de nuevo –. A veces, cuando estoy en casa por vacaciones yo también lo pienso, ¿sabes? La idea de quedarme en tierra firme, centrada, quieta en un lugar y también, de formar una familia algún día... Pero luego, me pica el gusanillo, empiezo a echar esto de menos y estoy deseando volver. No sé si me entiendes...

–Mejor que nadie, me pasa igual. Supongo que nos pasa a todos.

–Pues a lo quizá deberíamos comprarnos un barco y vivir en él. Estar siempre navegando por el mundo. Un barco pequeño, no un crucero, ¡jajaja! Y que los niños crecieran y aprendieran allí.

– ¿Me estás proponiendo matrimonio... y que tengamos hijos? – preguntó muy seriamente.

Lo miré y vi el cachondeo reflejado en su cara y yo, puse la mía de mala leche.

–A ti, no te pediría yo eso jamás.

–Ya lo veremos... – soltó.

–Y tanto que lo veremos...

Sonrió y no pude evitar imitarlo. Nos volvimos a quedar en silencio, mirando el mar.

Me llamó la atención que me contara ese tipo de cosas. No eran muy importantes, solo anécdotas, pero descubrí a un Paul diferente. Era un hombre con múltiples facetas que siempre tenía algo nuevo que enseñarme. Pero los demás, lo juzgaban solo por una, la de Casanova.

–Anais, pase o no pase algo entre nosotros, quiero que sepas, que me encantan estos momentos contigo.

El tono de su voz me hizo mirarlo de nuevo. La sinceridad en sus ojos.

–Se me está poniendo... ¿romántico, capitán?

– ¿Yo? ¡Para nada...! No acabes con mi fama de depredador.

–¡Ah...!, menos mal, me había asustado – dije dramática, con una mano en el pecho.

–Que tonta eres... – rio– Solo quería que lo supieras. No solo te invito para lo que piensas, si no porque me gusta pasar tiempo contigo.

–A mí también – le dije, siendo sincera.

Con un movimiento rápido, agarró mi mano con la suya y entrelazó

nuestros dedos.

–Descansa, que te queda poco de tiempo libre.

–A sus órdenes, mi capitán.

Seguí contemplando el mar. Me quedé así, con él, el poco tiempo que me quedaba libre, antes de volver a mí puesto. Cuando el tiempo se nos acabó, nos levantamos y nos fuimos, en silencio, sin decirnos nada más. Supongo que para no romper la magia del momento.

Volvimos a trabajo y ese día, al final, se me hizo corto. Cuando me fui a dormir, me sentí bien. Contenta. Me gustaba ese hombre cada día más, pero, sobre todo, lo que más me gustaba de él, era como se abría cada vez más a mí. Aquello, me daba mucha seguridad.

Capítulo 10

Otro día más, esta vez en el puerto de Niza. Desayuné para coger fuerzas, aunque la verdad es que me había levantado descansada, y bastante animada. El pasaje había bajado del barco nada más atracar y los pocos que quedábamos allí, estábamos de lo más tranquilos.

Susan, Efrén y yo, quedamos para comer juntos, por lo que estaba en mi despacho terminando algunas tareas pendientes.

Me gustaba llevar el trabajo al día, si no, aquello podía ser un caos rápidamente. Era eficaz en mi trabajo, disfrutaba con él y eso, era lo que me importaba.

Ya había acabado y en breve, sería la hora de comer. Me daba tiempo de descansar un poco hasta que me encontrara con mis compañeros en el restaurante. Me levanté de la silla decidida a pasear un poco por la cubierta y disfrutar de la tranquilidad.

Sonó mi walkie justo antes de salir por la puerta de mi oficina.

–Capitán Cruise, a hotel manager.

Sonreí al escucharlo, la noche anterior tenía guardia y no volvimos a vernos. Después del rato que pasamos juntos el día anterior, me hacía más que ilusión oírlo.

–Aquí hotel manager. Dígame señor.

–¿Dónde se encuentra?

–Pues en este preciso momento, saliendo de mi oficina, señor. Ya

sabe, esa que uso para trabajar – bromeé. Ya me daba igual quién nos oyera, seguro que, además de hablar y especular, se reían. Así que, al menos, les mantendríamos entretenidos.

–Bien, pues la espero en la cabina de mando. Que sea rápido.

–A sus órdenes, mi capitán. Corto y cierro.

Para allá que iba yo tan tranquila, a ver sí se creía que iba a salir corriendo cuando me llamara. En ese momento recordé dónde habíamos atracado. Niza... Seguramente, estaba con su hija y me la quería presentar.

Por una niña así, que seguro era una monería, sí que corría yo.

Llegué rápidamente a la cabina de mando y ahí estaba él, tan guapo como siempre, agachado en cuclillas y una niña rubia de frente a él, dándome la espalda.

<< ¡Qué pelo más bonito!>>, pensé.

Cuando Paul me vio, me sonrió ampliamente y se levantó.

– Anne, quiero presentarte a alguien.

La niña se giró y me dio una mirada de arriba abajo, que me hizo elevar las cejas. Porque era una niña y no tenía maldad, porque si hubiese sido una mujer, me habría puesto a la defensiva.

–Hola – dije acercándome y sonriendo.

–Anne, ella es la oficial, Anais. Anais, ella es mi preciosa hija.

–Hola, Anne, encantada de conocerte... – Le di la mano, como un gesto adulto y sin borrar la sonrisa de mis labios.

–Un placer, oficial Anais – dijo la niña, muy educada y correcta, aunque seguía mirándome extrañamente. Pensé que sería porque no me

conocía. Los niños suelen ser desconfiados con los desconocidos, cosa que no está mal.

–Eres muy guapa – dije y era la verdad.

–Lo sé, tan guapa como mi madre. ¿No crees, papá?

–Claro que sí cielo, aunque tú eres mucho más guapa – dijo el padre enamorado de la hija.

El comentario me resultó algo impertinente, pero igual era cosa mía.

–¿Deseando disfrutar del barco? – le pregunté de nuevo, intentando ser amable con ella.

–Será como todos – dijo sin el menor atisbo de ilusión–. Papá, ¿puedo ver el barco entero?

–Sí, cariño, pero espera un momento a que termine de hacer unas cosas.

–Si quieres, yo la llevo, aún tengo algo de tiempo y le puedo enseñar algo. Más tarde, he quedado para comer con Susan y Efrén, puede comer con nosotros, si le apetece... – Me ofrecí.

– ¿Estás segura? – preguntó Paul.

–¡Sí claro! Verás cómo nos lo pasamos bien – le dije guiñándole un ojo.

No me importaba, en absoluto, llevarme a la niña. Me gustaba tratar con los niños en general y estaba segura de que, cuando se le pasara la desconfianza que me tenía, nos llevaríamos bien. Anne se veía una cría muy bien educada y no daría muchos dolores de cabeza.

–¿Te vas entonces, con Anais, cielo? – le preguntó su padre,

agachándose para ponerse a su altura.

– ¡Claro, papi!, como tú quieras – sonrió dulcemente.

– Pero pórtate bien, ¿vale? Cuando acabe aquí, os busco y te termino de enseñar el barco.

– ¡Guay!

– Pues dale la mano a Anais.

– Ya soy una niña mayor, papi – contestó molesta.

– Ya lo sé, pero si das la mano, yo me quedo más tranquilo, que a veces, eres un terremoto.

– Vale ... – dijo ella, cansinamente.

Paul le dio un beso, se levantó de nuevo y se acercó a mí.

– Gracias – me dijo.

– De nada, nos lo vamos a pasar muy bien – le dije – ¿Nos vamos, Anne?

Le ofrecí mi mano y ella la agarró. Salimos de la cabina de mando y fuimos, antes de nada, a cubierta.

– ¿Qué te apetece ver primero, Anne? – le pregunté.

Lo primero que hizo la niña, antes de responderme, fue soltarse del agarre de mi mano.

– ¡No me gustas! – dijo.

– ¿Perdona?

No sabía si es que no la había entendido bien, o qué.

– ¡Te he dicho, que no me gustas!

–Oh... Bueno, tampoco me conoces tanto como para decir eso, ¿no? – dije intentando sonar madura porque no quería ser más cría que ella.

– ¡No me gustas ahora ni me vas a gustar nunca! – dijo de muy mala gana.

–Vaya... ¿Y eso por qué?

– ¡Porque no!

Ya está, ni una palabra más. Seguimos caminando algunos minutos más y la niña no decía ni *mu*. Pues sí que empezábamos con buen pie...

Intenté entablar conversación con ella, pero no respondía a nada.

–Pues te enseñaré lo que quiera.

–No hace falta que me enseñes nada, ya lo hará mi papi...

–Bien, como quieras, no te voy a obligar. ¿Vamos entonces, a comer?

Se encogió de hombros, así que, la guie hasta el restaurante. Efrén y Susan ya estaban allí, llegamos a la mesa y se la presenté a los dos.

–Efrén, Susan, ella es Anne, la hija de Paul.

–La hija del capitán – dijo la niña poniendo énfasis en la palabra, *capitán*, recalcando el cargo de su padre.

Mis compañeros me miraron, intentando entender qué pasaba. Puse los ojos en blanco, dándoles a entender, que no tenía ni idea.

–No me gusta ella – soltó la niña tan tranquila, sin que nadie le preguntara nada, y refiriéndose a mí –. Voy a por una hamburguesa.

– ¿Qué le hiciste? – rio Efrén cuando se marchó a coger algo de comida.

– ¿Yo? Nada. Todo estaba bien hasta que salimos a cubierta y me dijo: *¡No me gustas!* Desde entonces, ni siquiera me ha mirado.

– ¿Y qué haces tú con ella? – preguntó Susan.

–Paul me la presentó. Ella quería conocer el barco, pero él, estaba un poco liado y yo, me ofrecí a hacerlo. Pero parece ser, que no le he caído muy bien.

–Lo que parece es, un poco repelente – rio mi amiga.

–Sí, eso también... – dije con tristeza. No esperaba eso de la niña, con el padre tan simpático que tiene. Pero claro, la criaba la madre y eso era ya otra historia. A saber, cómo era...

Anne apareció poco tiempo después de haber pedido, el camarero traía su comida, se sentó y empezó a devorar la hamburguesa.

– Sabéis ya, ¿qué vais a pedir? – les pregunté a mis compis.

–Ya lo hemos pedido, solo quedas tú – dijo Efrén.

–Ok, pues creo, que me voy a comer una de esas – dije señalando la hamburguesa de la niña, pues tenía una pinta buenísima.

–No deberías... – dijo ella después de tragar lo que tenía en la boca.

– ¿No debería qué? – pregunté.

–Comerte una de estas – contestó, repitiendo mis palabras.

–Ah, no, ¿y eso, por qué?

–Porque es grasa. Se te va a ir a las caderas y tú, ya las tienes muy grandes. Eso no es bonito en una mujer.

Me quedé con la boca y los ojos abiertos mientras Efrén reía a carcajadas y mi amiga, no sabía qué hacer.

– ¿Tengo... las caderas grandes? – pregunté a Susan.

–No – dijo esta–, las tienes normales.

–Son perfectas – dijo Efrén entre risas.

–¡Está gorda! – dijo la niña y volvió a morder su hamburguesa.

No probé bocado al final. Con la tontería, me pedí una ensalada, y eso que odio la lechuga, así que terminé por no comer. Y mientras todos comían un buen postre, yo estaba tomándome un té caliente.

Realmente a la niña le había dado por mí, y lo malo de esto, es que yo le estaba dando poder sobre mí. Pero es que la manera de actuar de esa niña me había pillado desprevenida.

Paul apareció cuando casi habíamos terminado el postre, bueno... ellos. Fue directamente hacia su hija, se sentó junto a ella, y le dio un enorme beso.

–Hola, cariño, ¿te has divertido?

–Sí, papi, mucho – dijo con voz dulce. Miré a mis compañeros, y ellos me miraban a mí, flipando con la actitud y el cambio de la niña.

– ¿Qué tal con Anais?

–Muy bien – mintió la muy petarda–. Es muy simpática y me ha enseñado todo el barco.

– ¿Todo...? – preguntó Paul extrañado y me miró.

–Casi todo – dije sin saber qué decir.

– ¿Has comido? – siguió charlando con su hija.

–Sí, papi, Anais dejó que me comiera un helado porque me terminé toda la ensalada.

Pero... ¡Será embustera! Aunque claro, ¿qué coño podía hacer yo? No iba a decirle al padre que era todo mentira para que la niña me tuviera más tirria.

–Bueno, entonces no tengo mucho más que enseñarte... – dijo Paul.

– ¡Sí, papi! ¡Porfa, porfa...! Sabes que me gusta verlo contigo.

Al padre casi se le cae la baba. Despidiéndose de nosotros, cogió a la niña y se la llevó a enseñarle el barco. Mis amigos y yo estábamos alucinando. Yo no sabía qué decir.

– ¡Joder!, la niña es bipolar – soltó Efrén, cuando se alejaban.

–Esa niña es una malcriada, te lo digo yo... – dijo Susan.

–Estoy viendo que me va a hacer la semana imposible – suspiré yo.

– ¿Se queda una semana? – preguntó mi amiga.

–Sí y espero no tener que verla mucho...

–Pues con las horas que pasas con su, *papi*, va a ser que te tocará verla más de lo que crees – rio mi amiga.

Resoplé, bueno, quizás era algo de desconfianza y nada más.

Seguramente, no sería para tanto... o, sí. ¡Joder!, solo era una niña de seis años, no el anticristo. Seguro que acabábamos por llevarnos bien, de eso no me cabía duda.

Esa noche, ya sí dudaba de que nos lleváramos bien. Cada vez que me la encontraba, la niña me miraba con más odio si cabía. Así que la cosa, no pintaba bien. Pues nada, tampoco era mi problema, allá su padre con ella.

Cuando llegó mi momento de relax nocturno, con mi San Francisco en la mano y apoyada en la barandilla, me olvidé de la *niña del demonio* y de todo lo demás. Era mi momento, solo para mí, sin pensar en nada, disfrutando de

la noche y acabar otro día de travesía.

–Capitán Cruise, a Hotel Manager.

Sonreí al escuchar esa frase en mi oído, me giré y ahí estaba, mi guapísimo capitán.

–Hola, capitán – le dije con una gran sonrisa.

–Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

–Bien, disfrutando de mi momento. ¿Hoy no traes copa? – pregunté al verlo sin el champagne.

–Está enfriándose en mi camarote.

–Paul, yo no...

–No empieces. Solamente tomaremos una copa y charlaremos un rato.

–Está bien... – sonreí– ¿Y tu hija? – Intenté no poner mala cara al nombrarla.

–Está con la nana en otro camarote, no duerme conmigo.

–Ahí.

– ¿Vamos, entonces?

–Claro...

Le cogí la mano cuando me la ofreció y nos fuimos hacia su camarote.

Nada más llegar, nos sirvió las copas y se sentó en la cama como el día anterior, yo lo hice junto a él, con mi copa en la mano.

–Ahora sí que es una maravilla ver esto... – dije mirando al mar iluminado por la luna y el cielo cubierto de estrellas.

–Solo por momentos así, merece la pena sacrificar otras cosas, ¿no

crees?

–Sí, tienes razón.

–Quería agradecerte lo de hoy con Anne.

– ¿El qué? – pregunté.

–El gesto que tuviste, se divirtió mucho, eso es lo que más feliz me hace.

¿Qué...sé divirtió? ¿Eso le ha dicho? O, ¿eso pensaba él? Pues se divertiría metiéndose conmigo y dándome la comida... Aunque, no le diría nada a él.

–A veces la echo mucho de menos...

–Es lógico, Paul.

–Sí, pero bueno, estoy acostumbrado. Y ella también. Siempre lo ha vivido de esta manera, así que no creo que eche de menos tener un padre las veinticuatro horas del día a su lado.

– Pero... tú te culpas por ello, ¿verdad?

–A veces sí. Pero, este es mi trabajo y ya no sabría hacer otra cosa.

–Déjame dudar eso...

–Sí, es la verdad. Esto, también es mi vida...

–Paul es normal que te preocupes por tu hija. Es una niña que sé ve feliz, y tú haces todo lo que está en tu mano por que lo sea. Creo que deberías de sentirte bien.

–Sí, supongo. Aunque a veces, me invade la culpa.

–¿Culpa, por...?

–Pues por eso, por no estar con ella todos los días. La vida de un padre no es fácil – sonrió.

–Supongo que no. Por eso lo mejor, es estar como yo, soltera, sin hijos, ni nada.

–Los tendrás y me entenderás.

–Imagino que sí. Pero siempre hay que buscar el equilibrio en todo. No creo en las culpas, no sirven para nada. Solo hay que hacer lo que el corazón te dicte y el bien a los demás, siempre.

–Bonita reflexión...

–Un tópico, lo sé – reí–, pero es cierto. Recibes lo que das, eso es así. Y tú, adoras a tu hija. Recogerás lo mismo.

– ¿Cómo no adorarla? Es un amor, aparte de ser un pedacito de mí.

Bebí de mi copa para no opinar. ¿Un... amor? << ¡Y un cuerno, pensé!>>. En fin... los padres siempre están ciegos con sus hijos, ¿no? No sé, a lo mejor la niña sí era un amor y simplemente yo, le había caído mal. A saber...

–Me encanta tenerla conmigo, pero cada vez que se va, lo paso fatal – reconoció y yo, podía entenderlo.

–Bueno, haremos que esta vez, lo lleves mejor – le guiñé un ojo y volví a mirar al mar mientras bebía de mi copa. La dejé en la mesilla de noche cuando la acabé y suspiré –. Es hora de irme, estoy agotada y mañana nos espera otro día movidito.

–Quédate... – Sujetó mi mano cuando fui a levantarme de la cama.

–Paul...

–Solo quédate un rato más, solo eso, de verdad. Me gusta tu compañía.

–Pero tengo sueño y...

–Pues descansa aquí, y en un rato te vas.

Tiró de mí y me abrazó. Yo me quedé un poco tensa, no quería que esto se me fueran de las manos por más que lo deseara. Al final, mi cuerpo se fue relajando, apoyé mi cabeza en su pecho cuando los dos acabamos tumbados, mirando el mar.

–Cuéntame algo, así no me duermo... – Le pedí después de bostezar.

–A ver... ¿Sobre qué?

–Lo que quieras, pero escuchar tu voz me mantendrá despierta.

–Ayer te conté cómo le dije a mi madre que quería ser capitán de un barco.

–Sí...

–Pues la primera vez que subí a uno, que no fue mucho tiempo después, me mareé y estuve todo el día vomitando – rio.

–¿En serio? – pregunté divertida, bostezando nuevamente.

–Sí – siguió riendo y comenzó a acariciar mi pelo–. Recuerdo que ese día lloré mucho porque pensaba que mi sueño ya no se haría realidad. Mis pobres padres estuvieron consolándome, diciendo que era normal que pasara, pero que acabaría acostumbrándome. Pero claro, yo era un niño, para mí, en ese momento, todo, sé me hacía un mundo.

–Lo lógico en un crío...

–Así que me costó mucho subir de nuevo en un barco. No me preocupaba marearme o vomitar en sí, si no tener la certeza de que, de

verdad, mi sueño sería un imposible.

La segunda vez que embarqué, temblaba. Mi madre no me soltó la mano en ningún momento y al final, lo conseguí. Esa vez todo fue bien, así que me animé y aquí estoy...

Los ojos se me cerraban sin poder evitarlo. Parecía que su voz, en vez de mantenerme despierta, me atontaba aún más, pero estaba tan a gusto en su pecho, escuchándolo, que no me quería mover.

Él decía que le gustaba pasar momentos así conmigo y a mí también me ocurría. El vínculo que se estaba creando entre nosotros, era demasiado grande y, quizás, eso, se podría convertir en un problema.

Aunque deseaba tanto como él, seguir disfrutando de momentos así, sin pensar en nada más que en estar a su lado de esa forma.

Capítulo 11

Me desperté a la mañana siguiente con la voz de Paul.

–Preciosa, despierta...

– ¿Estoy soñando?

–No – rio.

Abrí los ojos y vi su cara. Joder, qué guapo estaba recién despierto. En ese momento recordé la noche anterior. ¡Mierda!, me había quedado dormida en su cama.

–Buenos días – dijo sonriendo ampliamente.

–Lo siento, me dormí... – dije ruborizada.

–Lo sé, no tardaste mucho.

– ¿Por qué no me despertaste?

–Por qué, me encantó verte dormir aquí.

Puse los ojos en blanco, mejor ni contestaba...

–Me tengo que ir a la cabina de mando, te he despertado para que cuando lo hicieras tú, no te encontraras sola.

–Yo iré a tomar una ducha y desayunaré algo, luego iré a mí despacho que tengo bastante trabajo también.

–Gracias por quedarte – me dio un beso en la mejilla. Se levantó de la cama y yo hice lo mismo.

–Nos vemos luego – le dije saliendo de su habitación. Esperaba que ninguno de mis compañeros me viera, o el rumor correría por todo el

barco como la pólvora.

– ¡Después te busco! – gritó mientras yo cerraba la puerta.

Llegué a mi camarote y me di una ducha rápida, me vestí y me fui directamente a desayunar. Aunque tenía tiempo de sobra, pues yo, comenzaba a trabajar un poco después. Iba con prisas porque tenía un hambre que me moría.

– ¿Madrugaste hoy? – preguntó Sara cuando llegó un rato después, sentándose frente a mí, cuando ya había devorado mi desayuno.

–Sí, me despertó Paul – dije como si nada.

–Ah... ¡¿Qué?!

–Me quedé dormida en su cama – bufé.

– ¿Pero...?

–No, no vayas por ahí, no pasó nada.

– ¡Hija, qué sosa eres! Desde luego, no te vas a hacer rica con chismes amorosos en los programas del corazón.

–Me invitó a una copa en su camarote, estuvimos hablando y me quedé dormida, nada más.

–Lo que yo te diga...

–¡Es lo que pasó y lo que pasará!

–Sí claro, hasta que caigas en su cama, porque en otras cosas ya caíste.

–¿De qué hablas? Y yo, no voy a caer en la cama de nadie.

–No, qué va... ya te lo diré. ¡Caíste enamorada, pedazo de ceporra!

–¡Yo no estoy enamorada! – solté, alucinando.

–No, estás más que eso. Encoñada.

–¡No! Solo me gusta, nada más...

–Anais, que te conozco...

–¡Te digo que no! – Seguí negando.

¿Estaba enamorada? ¡Mierda...!

–Ya lo veremos...

<< ¡Otra igual con él, *ya lo veremos!*>> pensé.

– ¿Sabes qué? Me voy a trabajar porque quedarme aquí para escuchar tonterías...

Con toda la indignación del mundo, me levanté de la silla y me marché refunfuñando. A veces mi amiga me sacaba de mis casillas. ¿Enamorada? ¿Yo? ¡Y una mierda! Solo me gustaba, nada más, como gustaba al noventa por ciento de la población femenina. Pero de ahí a estar enamorada... Éramos amigos, punto.

Y yo... ¿por qué demonios me estaba dando explicaciones a mí misma?

Entré en mi despacho de muy mal humor. Me puse a trabajar antes de tiempo a ver si así, se me pasaba el cabreo que tenía de repente.

Se me pasó, menos mal... A la hora del almuerzo ya estaba de buen humor otra vez. Llegué al restaurante para comer y allí estaba Paul con la *niña del demonio*.

–Anais, ¿puedo dejártela un rato? Tengo que trabajar y no sé a quién acudir – dijo disculpándose.

– ¡Claro! – ¿Que le iba a decir si no...?

–Anne, pórtate bien – le dio un beso.

–¡Adiós, papi! – dijo la niña de muy buen humor.

Y mi mal humor llegó de nuevo en el momento en que su cara angelical se transformó al mirarme a mí de nuevo.

–Bueno... Intentemos llevarnos hoy mejor, porque no tengo un buen día.

–Se nota...

–Ah, ¿sí? ¿En qué?

–En las ojeras, tienes muy mala cara. Eso es porque no duermes lo suficiente. O... a lo mejor son ojeras de esas que dice mi mamá que algunas mujeres tienen para toda la vida.

– ¿Tu madre te enseña esas cosas? – pregunté alucinada.

–Sí, mi mamá me enseña todo.

–Pues debería enseñarte un poco de educación – dije sin poder evitarlo–, no se le dice a otra persona y más adulta que tú, que tiene, o deja de tener.

–En la vida hay que ser sincera.

–Hasta cierto punto. En fin... ¿Has comido?

–No.

– ¿Quieres que vayamos a comer?

–Claro.

– ¿Qué vas a comer? – pregunté desesperada ya.

–Yo, quiero otra hamburguesa completa. Tú, supongo que ensalada por esos kilos de más.

–Pues serán dos – dije chulescamente. A ver si ahora la niña, me iba a decir a mí qué comer y qué no.

Me comí mi hamburguesa y parte de la que ella dejó porque ya estaba llena, y me chupé los dedos. Me daba igual cómo me mirara, por mí, como si creía ver a un cerdo comiendo, yo estaba disfrutando de lo lindo.

–Sigo sin entender por qué te caigo mal – dije directamente.

–Le gustas – fue su respuesta, y muy sincera, además.

– ¿A quién?

–A mi padre...

– ¿Y por eso no te gusto a ti?

Ya no respondió sobre eso, pero ahí sí que la entendí. Veía en mí, a una rival. Tendría que hacerle entender que no lo era para nada.

–Pero tu padre y yo no somos nada.

No me miraba.

–Eso espero, porque sé que tiene mejor gusto.

Me dieron ganas de ponerle a la niña el helado que me estaba comiendo de capirucho, pero me armé de paciencia. Yo era la adulta y no podía hacerlo.

Y gracias a Dios, en ese momento apareció su padre. Se abrazaron y se besaron, yo sentí un alivio inmediato porque se la iba a llevar. Paul se sentó junto a ella y le preguntó por el almuerzo. Ahí estaba de nuevo la niña dulce. La verdad es que yo flipaba.

Miré hacia la puerta del restaurante pues llegaba la que me faltaba para alegrarme el día. Marcela... Y, cómo no, se acercó.

–Hola, capitán. ¿Quién es esta niña tan guapa?

No sé para qué preguntaba, si evidentemente lo sabía. Toda la tripulación lo supo desde el día anterior a que la hija del capitán subiera al barco. << ¡Falsa, más que falsa!>> pensé.

–Anne, mi hija. Anne, ella es Marcela.

– ¡Hola! – dijo la niña muy simpática.

–Hola, preciosa. ¿Cómo estás?

–Muy bien y, ¿tú?

–Bien. Encantada de conocerte.

¿Habían congeniado? Lo que me faltaba por ver. Aunque con lo víboras que eran las dos, era normal que se entendieran entre ellas.

Estaba siendo mala, lo sé, pero es que me ponía de mala leche caerle mal a la niña y para colmo de males, la víbora mayor le agradara. ¡Qué día más jodido!

–Como tengo tiempo libre, voy a bañarme un rato en la piscina y a tomar el sol. ¿Te apetecería venir conmigo? –le propuso Marcela a la niña.

– ¡Sí! Papi, ¡porfi, porfi!, ¿me dejas?

Paul me miró de reojo, como si no quisiera dejarla, pero a mí, que me dejara tranquila. Yo no tenía nada que ver en ese tema.

– ¿Segura? – le preguntó este a Marcela.

– ¡Pues claro!, yo te la llevo cuando acabes de trabajar o nos buscas allí.

–Está bien... –dijo este, no muy convencido...

La niña, tras despedirse de su padre, le dio la mano a Marcela y salió caminando, dando saltitos de alegría.

–Vaya, pues parece que le gustó.

–Eso parece...

– ¿Qué te ocurre? – me preguntó mirándome a los ojos, preocupado.

–Nada, es que recordé que tengo mucho trabajo. Mejor me voy y así adelanto.

Me levanté y me marché. Lo que fuese para que no notara mi mal humor y que, en el fondo, me había molestado lo de su hija. No me había portado mal con ella, para que me tratara así, pero bueno... tampoco tenía que afectarme, ¿no?

Me dediqué durante la tarde a trabajar. Tuve que dar vueltas para dejarlo todo perfecto, arreglar algunas cosas en el hotel y estar pendiente de mí equipo. Estaba agotada. Hice un parón para tomarme un refresco al aire libre. Desde allí veía a muchos pasajeros en la piscina, disfrutando de las instalaciones.

No tardé mucho en divisar a esas dos *diabólicas*. ¡Se lo pasaban pipa! Yo alucinaba, no me lo podía creer. Y tampoco entendía por qué me ponía de mal humor.

Volví al trabajo. Cuando acabé, e iba directa a mi camarote para ponerme ropa cómoda e ir a cenar, choqué con quien menos deseaba.

–Siempre caminando sin mirar por dónde pisas – dijo Marcela.

La esquivé para no contestarle porque llevaba a la niña de la mano, pero ella se movió hacia el mismo lado que yo.

– ¡Déjanos pasar! – dijo la niña sin educación ninguna.

–Mira, no sé quién te crees que eres, pero a mí me pides las cosas con educación – le dije sin miramientos.

–Me creo, la hija del capitán y te he dicho, que me dejes pasar.

–Y yo no lo haré, si no me lo pides bien.

–Siempre igual... –suspiró Marcela.

– Siempre igual, ¿quién? – Me encaré con ella, hoy no estaba para aguantar tonterías.

–Tú y tu humor. Como se nota que no... – se calló al percatarse de que la niña estaba delante, menos mal, pero la que no se calló fui yo...

–Sí, se nota que yo no... pero se ve que tú sí...además, con todos. Porque contigo, nadie repite y hay que seguir probando, ¿no?

Sin más, me eché a un lado, y me marché, anda y que les dieran. Entré en mi camerino y después de darme una ducha rápida y vestirme, salí a cenar. Comí algo ligero y me fui, por fin, con mi San Francisco a sentarme en mi lugar favorito.

–Capitán Cruise, a hotel manager – oí por el walkie, y no respondí. Pasaba de tonterías, si era algo del trabajo, que lo dudaba, que me encontrara de otra forma.

Volvió a repetirlo un par de veces más y yo, seguí ignorándolo. Bebiendo mi San Francisco y relajándome mientras miraba al mar.

– ¿Qué ocurre?

Me giré cuando, un momento después, escuché la voz de Paul a mi espalda.

–Nada – dije y volví a mirar al mar.

–Te he llamado por walkie tres veces y no has contestado.

Se sentó a mi lado.

–Lo sé...

–No puedes ignorarlas cuando se te llama por ahí, Anais.

– ¿Era por algo relacionado con el trabajo?

–No.

–Pues ya está, la bronca sobra.

–Eh, ¿qué ocurre?

–Nada – insistí.

–Vamos a mi camarote y me cuentas allí.

–No, Paul, quiero estar sola.

–Es una orden, Anais. A mi camarote, ¡ya! – espetó con autoridad.

Bufé y bufé, pero me levanté y lo seguí. Entramos y salí a la terraza a mirar el mar.

–Anais...

Lo miré y estaba tumbado en su cama, como las últimas veces.

–No quiero, Paul, solo quiero estar sola.

–Aquí, ¡ya!

¡Joder con las putas órdenes!, y gilipollas yo, que las seguía... Aunque en el fondo, deseaba estar con él. Acabé sentada, como siempre, a su lado.

–Ahora sí, ¿qué ocurre?

–Nada. ¿Has tenido mucho trabajo? – intenté cambiar de tema...

–El de siempre. Y no me apetece hablar de ello. Algo ha pasado hoy y quiero saber qué es.

–Nada, es solo que estoy cansada.

–No, pasa algo o, ¿crees que soy idiota?

–No sé a qué te refieres...

–Estás así, desde que Marcela se llevó a Anne. Así que dime qué está pasando...

–Nada, ¿por qué habría de ocurrirme algo? Solo tengo un mal día y ya está – lo miré y vi que no me creía, suspiré, porque sabía que tendría que contarle todo–. Tu hija me odia.

– ¿Qué? – preguntó riendo.

–Pues eso, que tu hija me odia.

–Mi hija, no te odia, Anais.

–Sí que lo hace.

– ¿No será... que estás celosa porque congenió con Marcela?

– ¿Qué? ¡No! Es que me odia desde el primer día.

–A ver, explícame en qué te basas para decir eso.

Le conté algunas cosas, no todas, pero pensé que tenía derecho a saberlo.

–No me afecta, Paul, es solo que no entiendo qué le hice.

–Bueno, no noté nada raro, no me habló mal de ti. ¿No estarás exagerando? Conozco a mi hija, no es un ángel, pero...

–Mira, déjalo, no voy a hablar más del tema. Pero Marcela me puso aún de peor humor, nada más.

–Ven aquí... – me abrazó como hizo la noche anterior–. Olvida ya el día de hoy y deja de pensar que alguien te odia, solo relájate...

Estuve por mandarlo directamente a la mierda porque no me creía, pero claro, no podía hablarle de la doble cara de su hija. Le conté algunas cosas y, aun así, estaba claro que no me iba a creer. Y yo tampoco necesitaba que lo hiciera. La niña se iría pronto y él, y yo, realmente no éramos nada como para que el que su hija no me tragara, fuese un problema.

Empezó a acariciarme la cabeza y suspiré. Tenía que quitarme el enfado del cuerpo y olvidar lo que me había jodido el día. Pensar en el presente y pasar ese corto tiempo que tenía con él.

Y lo demás... bueno, a lo mejor yo estaba exagerando un poco, o a lo mejor no, ¿qué importaba? Era su hija, yo seguiría a lo mío y punto. Cuanto menos me topara con ella y con Marcela, mejor. Y por lo demás, seguiría igual. Cerré los ojos un rato intentando descansar mi mente y, por fin, conseguí relajarme.

Ya no me importaba si me quedaba dormida de nuevo entre sus brazos. Solo quería acabar con ese día que había comenzado con mal pie y que, al menos, terminara de diferente manera.

Capítulo 12

Volví a despertar con su voz...

–Buenos días, te he dejado dormir, mientras atracábamos, ya sabes que cuando sube el práctico, debo estar en el puente de mando – dijo dándome un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

–¿Qué hora es? – pregunté preocupada.

–Solo son las siete, tranquila... He pedido que suban el desayuno, en unos momentos vendrán...

–Vale, pero, no los dejes pasar – sonreí –, no quiero que me vean. Coge el carro y lo metes tú.

–¿Ordenes? – rio acariciando mi pelo.

–Sí, en algún momento tenía que ser yo quien las diera, ¿no? – hice una mueca con los labios, y luego sonreí.

Me abrazo y se pegó a mi mientras yo, ponía ojos y miraba al techo. Comenzó a acariciar mi cara y a poner sus labios muy cerca de mi cuello y yo, no me quería mover. Estaba triste por culpa de su hija, *la niña del exorcista*, pero necesitaba a Paul más que nunca. Al observar que yo no me quitaba, acabó besándome y yo le seguí, pero en ese momento, sonó el

timbre...

Nos reímos, él, volvió a darme un beso y me pidió que saliera a la terraza mientras él, salía a coger el desayuno.

Entró sonriendo, se había pasado tres pueblos con él desayuno. Café, zumos, té, croissants, pan, dulces...

Me acordé de su hija, pero a mi la exorcista esa no me iba a obsesionar con que estaba gorda, pues no lo estaba. Por lo que comí como si el mundo se fuese a acabar.

–Me encantas...

–¡Paul!

–¿Qué?

–No me digas las cosas que le dices a todas – puse cara triste.

–No digas tonterías, solo me gustas tú – dijo cogiendo mi mano y acariciándola.

–Venga ya... que todos conocemos tu fama.

–Eso solo son habladurías, ahora solo quiero estar contigo.

–¿Me vas a dar el desayuno? – bromeé

–No, ya no te digo nada más, de momento...

Después de desayunar nos despedimos con un abrazo y otro beso largo, de esos de película, en la terraza de su suite. No nos dijimos nada, ese beso, habló por si solo...

Fui a mi camarote, me duché y caminé hacia mi despacho. Al pasar por recepción me encontré a la niña con Marcela, no miré ni a una, ni a otra.

–Anais, se dice buenos días – dijo la niña en tono irónico.

Le hice un gesto para que se acercara y me agaché para hablarle flojito al oído.

–No me he dado cuenta de que estabas... – le dije en voz baja.

–Mentira, tienes celos porque hoy también, voy a pasar el día con Marcela – dijo chulescamente.

–No, de verdad que no. Es más, hoy no tengo tiempo ya que voy a desembarcar, he quedado en tierra con una amiga y su pequeña de siete años. Vamos a llevarla al mejor parque acuático de la ciudad y a jugar y hacernos fotos con los personajes de los dibujos animados que hay allí y también, comer hamburguesas de las buenas, además del mejor helado de la ciudad – dije con una sonrisa de oreja a oreja.

–Pues le diré a Marcela que me lleve – dijo chulescamente.

–No, ella no puede bajar – encogí los hombros, le guiñé el ojo y me fui, dejándola con la cara que en vez de, *la niña del exorcista*, parecía Chuky.

Entré en mi despacho descojonada de la risa. A tomar por saco la puñetera niña. A mí, no me daba más el día.

Pasé toda la mañana encerrada en mi despacho. Hice que me llevaran la comida pues no quería cruzarme a la pequeña bruja, ni a nadie.

Por la tarde dejé todo, volví a mi camarote a ducharme y cambiarme de ropa, ya era mi tiempo libre, e iría a cenar y disfrutar un poco de la navegación.

Me puse monísima, parecía una chiquilla. Una falda corta tipo safari, verde militar, zapatos de cuña muy altos, en color beige y una camiseta de tirantes del mismo color.

Me dirigí al restaurante exterior, cuando de repente sonó el walkie.

–Capitán Cruise para Hotel Manager...

–Adelante Capitán Cruise, aquí Hotel Manager...

–¿Dónde se encuentra?

–En las Bahamas – aguanté la risa.

En ese momento pasaba un oficial junto a mí, escuchándolo todo, nos miramos y empezamos a reírnos.

–Hotel manager, repito, dígame su posición – sonó serio, parecía que no quería jugar, pero la niña, me tenía de mala leche...

–¿Posición? Restaurante exterior, mirando hacia el mar por estribor, frente a un pasajero que debe ser francés y que no está nada mal... – dije tan campante.

–Le recuerdo que estamos en abierto...

–Como todos los días, mi capitán – vamos, era siempre él quien me buscaba y se iba a poner tonto ahora...

–¿Cómo todos los días? – dijo su voz en mi oído.

–Pues sí que has tardado mucho... – dije irónicamente.

–¿Dónde estuviste todo el día?

–En mi despacho.

–Anne me dijo que te habías ido al parque acuático de la ciudad y que no la quisiste llevar...

–¿Eso te dijo?

–Sé qué no es tu obligación hacerlo, pero es una niña, no se lo debiste decir...

–¿Vienes a echarme una bronca por eso? – pregunté enfadada.

– Conociéndote y sabiendo los principios que tienes, le hayas dicho eso a mi hija y luego la hayas dejado con las ganas. Creo que se lo debiste ocultar, solo eso, estuvo llorando...

–¿Que estuvo llorando? ¡Qué fuerte!

–¿Fuerte?

–Sí – puse cara de mala leche y él, se quedó extrañado –. Mira Paul, será mejor que nos olvidemos de esto. Tengo mucho trabajo y veo que esto se nos puede ir de las manos. No pienso hablar mal de tu hija, así que será mejor que los dejemos por ahora. Que siga con Marcela, que se las ve muy bien juntas...

–Anne es una niña, jamás le he visto un mal gesto, ni poner una mala cara a nadie. Me dio pena verla llorar así, pero quiero que me expliques, porque también sé que tú, no eres así y tiene que haber una

explicación.

–La explicación es que tú hija no me traga, delante de ti es dulce y por detrás no...

–Me cuesta creerlo...

–Pues así es – dije levantándome de muy mala leche.

No me volvió a llamar en toda la noche y pasó de mi completamente. Era obvio que creía a su hija, pero me daba igual. Que hiciera lo que quisiera, al fin y al cabo, no era solo esa semana, ella sería su hija toda la vida y yo, no pensaba tragar siempre.

Capítulo 13

Ese día me quería morir, tenía mucha pena, desde el día anterior no sabía nada de Paul. A la niña me la encontré varias veces con Marcela, no me miró, ni yo a ella.

Por la noche cuando salí a la terraza apareció la niña con Efrén, yo me quedé helada.

–Hola, preciosa – dijo Efrén, la niña callada mirándome.

–Hola, Efrén – dije poniendo una sonrisa irónica que él captó al momento.

–Voy a por una coca cola, ahora vengo – dijo dejándome a la niña allí con una sonrisa maléfica.

En ese momento se me ocurrió una cosa que iba a cambiar el curso de todo.

–Hola preciosa, estas muy guapa – dije dejando apretado el walkie como si fuera un error.

–Hola, de ti no puedo decir lo mismo, hoy te veo más gorda, mi papá debería fijarse en Marcela, es guapa, delgada, simpática y no como tú, que te ves fea – dijo a oídos de todo.

–Bueno, pero tú eres preciosa, no puedo gustar a todo el mundo, si te parezco fea, no pasa nada cariño. Tú para mí, eres una princesita – dije con dulzura. Lo que no entiendo es que fue lo que te hice, pues, aunque sea fea y gorda, he intentado llevarme bien contigo y me gustaría que así fuera.

–¡Ni lo sueñes, niñata, me relaciono con gente con clase, no como tú! – dijo ante mi felicidad de saber que el padre y todos los demás, la estaban oyendo, aunque los otros, me daban igual– Además, le dije a mi padre que te pedí ir al parque y tú no quisiste llevarme. Ya te está cogiendo manía.

–Sabes que no fue así. Tú, me dijiste que ibas a pasar el día con Marcela y algunas cosas más...

–Sí, pero mi padre me cree a mí.

En esos momentos quité el walkie pues venía Efrén, nos sentamos en una mesa y de repente, apareció Paul.

–Anne, ven conmigo, tenemos que hablar – dijo muy enfadado a su hija, yo ni levanté la mirada.

Se la llevó sin mirarnos, Efrén no entendía nada y yo, no se lo pensaba contar.

Un rato después me fui al camarote y me empezó a llamar Paul, le dije que estaba acostada y que, si no era urgente, al día siguiente lo vería en el puesto de mando.

Cinco minutos después, estaba llamando a la puerta de mi camarote.

–Hola – dije intentando que no pasara, pero en dos zancadas, ya estaba dentro.

–Estoy muy enfadado, Anais. Primero con Anne, y luego contigo.

–¿Conmigo? Y eso, ¿por qué? – dije como si no supiera nada.

–Es obvio que mi hija me ha engañado, lo he oído todo, pero tú, podías haber tenido otra idea mejor que hacerlo por la emisora. Pudiste haberla grabado con el móvil.

–No sé de qué me estás hablando...

–Sí sabes de que te estoy hablando, entiendo que tu desesperación te hizo hacer eso, pero es una niña, no debiste ponerla en evidencia delante de todos. Aunque tuvieses razón, me lo tenías que haber demostrado de otra manera...

–Está bien, sí, lo hice. No fue planeado y no pensé en el móvil, me cogió de esa manera y era la única en la que podía hacerte ver en ese momento que era verdad lo te dije. Que tu hija me odia y me dice cosas que no son normales en una niña de esa edad. Si lo crees conveniente, toma medidas contra mí, pero no me arrepiento de lo que he hecho – dije muy enfadada y elevando la voz.

–No voy a tomar medidas contra ti, con respecto a ella sí. No me parece lógica la educación que le está dando la madre y esa bipolaridad que está teniendo – dijo ante mi asombro. Era obvio que tenía bipolaridad –, pero me ha dolido mucho que lo hicieras por la radio. Ya hablaremos mañana, sigue descansando – dijo marchándose y dejándome ahí con ganas de abrazarlo.

Era obvio que no era el momento, pero en el fondo yo ya estaba enamorada de él hasta la medula. Aunque no lo quisiera reconocer...

Capítulo 14'

Ese día el buque atracaba en Menorca. Estaba hambrienta así que me fui a desayunar, después bajaría a pasear pues me encantaba esa isla.

–Capitán cruise, a hotel manager – oí mientras absorbía el café.

–Adelante, capitán...

–Dígame su posición...

Me entraron ganas de soltarle una burrada.

–En la cafetería exterior...

–Recibido, gracias, corto y cierro.

Lo esperaba a él, pero no, unos minutos después un chico de tripulación aparecía con Anne.

–Hola, el capitán me pidió que le trajese a la pequeña, dice que cuando hable contigo avises para que la recojan.

–Vale – dije sorprendida, el chico se fue inmediatamente.

Me quedé mirando a Anne, me miraba entrecortada, le hice señas para que se sentara.

–¿Quieres hablar conmigo? – pregunté.

–Sí – su voz era dulce y diferente.

–¿Quieres un chocolate o alguna otra cosa? – dije avisando al camarero.

–Sí.

Le pedí al camarero un chocolate y algo de comer para las dos, yo solo tenía el café.

–Y bien... ¿Qué quieres decirme, aparte de gorda o algo que yo no sepa? – le pregunté en tono de broma y poniéndole carita de pena.

–No estás gorda y eres muy guapa. He sido una impertinente, pero tenía miedo de que mi papá se enamorara de ti – dijo tristemente –
¿Me... perdonas?

–¡Claro! – Le cogí la mano – Pero no debes temer que tu papá se enamore de alguien, no sé si lo hará de mí o de otra, pero es ley de vida, lo que siempre será cierto es que tu serás la niña de sus ojos.

–Marcela me habló muy mal de ti – dijo tristemente–. Mi padre está hablando ahora con ella para que no se acerque a mí – dijo ante mi asombro.

–¿Se lo contaste a tu padre?

–Sí, todo...

–Bueno no te preocupes... ¿Empezamos de nuevo?

–¡Sí! – dijo feliz, y se levantó a darme un abrazo, cosa que me hizo mucha ilusión.

–Pues ahora voy a bajar a esta maravillosa isla, si quieres, te puedes venir conmigo, quiero comprar algo de ropa y comer algún helado – dije poniendo cara de felicidad.

–¡Sí! Pero... no sé si mi papá me dejará, está muy enfadado.

–Bueno... vamos a probar.

Cogí el walkie...

–Hotel manager a capitán cruise...

–Adelante, hotel manager...

–Estoy aquí con su hija, ensayando la obra de teatro del cole, la que el otro día sin querer se filtró por la emisora – dije para intentar reparar el daño –. Ya se la sabe muy bien, irá al cole con la interpretación perfecta.

–Eso es estupendo... – dijo con voz alegre.

–Quería preguntarle si puede bajar a la isla a pasear conmigo, estaría encantada de que la dejase – la niña estaba riendo nerviosa con las manos en la boca.

–Claro, tiene mi autorización, pasadlo bien.

–Gracias. Corto y cierro.

Nos abrazamos riendo y tras el desayuno bajamos del barco.

Paseamos por Mahón. A ella le encantó, nos compramos unas gafas iguales y nos cogimos una cola bien alta, ella estaba feliz, ya había salido el demonio de ese cuerpo tan bello, era muy dulce, cariñosa y me imitaba en todo. Nos lo pasamos pipa, comimos por la isla y a las cinco, volvimos al barco ya que, a las siete, zarpábamos de nuevo.

Fuimos a buscar a Paul, nos recibió muy contento y me agradeció todo, pero la niña no se despegaba de mí. La dejé en su camarote para que la ducharan, yo fui al mío y luego la recogí para cenar, Paul se unió a nosotros.

Se le veía feliz, me agradeció que dijera eso por radio y que perdonase a su hija, a la que seguía riendo y yo le protestaba para que la dejara.

Un rato después, dejamos a la niña con la nana y Paul y yo nos fuimos a su suite.

–Tenía ganas de abrazarte – dijo tras cerrar la puerta.

–A mí y a todas – bromeé.

–Desde que te vi, solo tengo ojos para ti – dijo apretándome fuerte contra él y comenzando a besarme.

Y pasó, por fin pasó. Me perdí entre sus brazos, esos que tanto deseaba que me abrazaran. Nuestras bocas comenzaron a saborearse. Mi cuerpo empezó a reaccionar a sus caricias provocándome un calor que fue subiendo a medida que sus manos fueron desabrochando mi blusa. Me impresionó la forma de tocarme, con mucho cuidado, como temiendo que me arrepintiera en algún momento. Pero yo, ya no iba a echarme atrás. Eran muchas las ganas que tenía de entregarme a él.

—Anais, no te puedes imaginar lo que deseaba esto— me dijo mientras deshacía de mi falda y me quedaba en ropa interior.

Me besó dulcemente mientras sus manos fueron despojándome del sujetador y la braga. Yo empecé a quitarle la chaqueta y poco a poco, nos quedamos completamente desnudos.

Paul me cogió en brazos y sin parar de besarnos, llegamos a su dormitorio dejándome en su cama y colocándose sobre mí para empezar a besarme todo el cuerpo. Me estaba volviendo loca con sus caricias y besos, hasta que se apartó un momento para coger un preservativo de la mesilla y colocárselo. Se volvió a poner encima de mí y, poco a poco, fue entrando en mí y dándome un placer que jamás había sentido.

—Anais eres una delicia...— dijo empezando a moverse lentamente. Era indescriptible el placer. Estuvo entrando y saliendo durante no sé cuánto tiempo, hasta que de pronto, sus penetraciones se convirtieron en embestidas. Empecé a gemir sin poder controlarme y eso hizo que acelerara sus movimientos y jadeara al llegar al límite de sus fuerzas. Intentó retirarse antes de eyacular, pero no se lo permití. Era demasiado el placer que estaba sintiendo en ese momento y no quería que se quitara. Tuvimos un orgasmo al mismo tiempo, quedando ambos saciados. Esa noche la pasé en su cama pues no dejó que me fuese a mi camarote. Desperté por la mañana con el roce de

sus labios en mi cuello.

–Buenos días, preciosa, me gusta tenerte en mi cama.

–Buenos días, capitán, a mí también me gusta...–contesté con una sonrisa que dio pie para empezar a besarnos y amarnos de nuevo...

Estuvimos todo lo que quedaba de semana con la pequeña Anne, aunque pasaba más tiempo conmigo que con su padre. Marcela ni me miraba, yo a ella tampoco, y mucho menos intentó acercarse a la pequeña. Al parecer el capitán, la había puesto en su sitio, cuando habló con ella.

Yo solía ir al camarote de Paul a dormir, el personal de tripulación ya sabía lo que había entre nosotros pues no nos escondíamos, a estas alturas no merecía la pena hacerlo. No sabía cómo seguiría esto, pero eran los momentos más felices de mi vida.

Epílogo

Ya había pasado un año y Paul y yo seguíamos en el Orquídea Cruise. Las cosas no habían cambiado mucho en el buque, manteníamos nuestros puestos. El único cambio visible fue que Marcela, ya no se encontraba entre la tripulación del crucero. La chica que ocupaba su puesto, era un verdadero encanto y se adaptó inmediatamente al trabajo y a todo el equipo.

Paul y yo compartíamos su camarote. Muchas veces almorzábamos juntos allí o cenábamos y hacíamos como siempre, nos tumbábamos en la cama para hablar de nuestras cosas mientras mirábamos el mar.

Otras noches desaparecía, aunque él, sabía dónde encontrarme. Siempre me iba a el mismo lugar a tener esos momentos de paz que mi cuerpo y mi mente me pedían a gritos.

La vida no es perfecta, pero para mí, aquello era lo más parecido. Mi relación con Anne era estupenda. Ella embarcaba de vez en cuando, pero ya lo hacía para estar con los dos. Y la semana que pasaba con nosotros, la disfrutábamos al máximo. Me enamoré de ella una vez que la conocí bien y a ella, le ocurrió lo mismo conmigo.

Pero enamorada, lo que es amor de verdad, lo estaba por mi capitán. Supe que era el hombre de mi vida y mientras trabajáramos aquí, o decidiéramos por fin pisar tierra firme y establecernos en algún lugar, lo haríamos juntos, y seríamos igual de felices.

—Capitán cruise, a hotel manager.

Sonreí cuando sonó el walkie. Eso no había cambiado, él seguía haciendo lo mismo. La tripulación se lo tomaba con humor, incluso, más de una vez, era otro el que contestaba por mí o le decía: déjala en paz, capitán.

A mí me hacía mucha gracia. La verdad es que todos nos reíamos mucho.

—Aquí hotel manager, dígame capitán — dije lo más profesional que pude porque la sonrisa se notaba en mi voz y seguro que tenía una cara de boba enamorada.

— ¿Dónde se encuentra, hotel manager?

—Tomando el sol en la piscina, capitán.

—Muy bien, voy a su encuentro, corto y cierro.

Negué con la cabeza y me reí sin control. No iba a cambiar en la vida, pero yo tampoco quería que lo hiciera. Esa tarde la tenía libre y decidí pasarla en la tumbona leyendo un buen libro.

No tardó mucho en aparecer, me incorporé y me senté, él lo hizo a mi lado.

— ¿No tenías hoy todo el día ocupado? – le pregunté después de besarlo.

—Y lo tengo – afirmó con la cabeza–, pero quería verte.

—Me ves todos los días, todas las mañanas, todas las noches. No me voy a escapar del barco – bromeé.

—Pues te aguantas, necesitaba verte y decirte que te quiero, para que no lo olvides.

—Jamás olvidaría eso – le dije sonriendo. Aunque me lo decía a diario, siempre me emocionaba con esas cosas.

Le agarré del cuello, lo acerqué a mí y lo besé profundamente.

—Y ahora, vete, que tienes que trabajar.

—Mark me cubre.

—Paul...

—Voy – rio–. Pero esta noche espérame para cenar en la habitación.

—Vale – sonreí– ¡A la mierda!, le diría a Susan y Efrén, que no cenaría con ellos y ya está.

Lo vi desaparecer y mi corazón no dejaba de latir. Recordé el primer día que lo tuve frente a mí, lo que sentí y cómo, en este momento, las cosas habían cambiado tanto.

Lo que estaba segura que no iba a cambiar nunca, era mi amor por él.

Todo comenzó con la rutina de un trabajo que me apasiona y aquí encontré al hombre de mi vida. Por nada del mundo, lo dejaría escapar.

El buque navegaba por los mares, produciendo felicidad en las personas en esos pocos días que salían de la rutina. Pensé que la felicidad me la daba

navegar en un crucero, pero, mi felicidad se llamaba Paul, mi capitán...